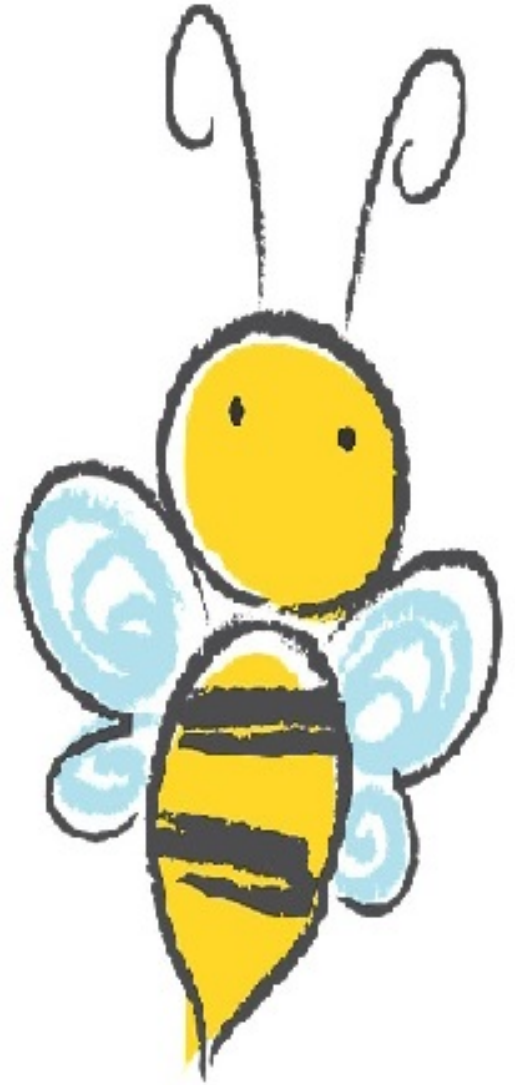


Las ratas y las abejas

Rob



Capítulo 1

1.

—Mira, no voy a negar que es raro pensar en qué cosas podría está pensando una hormiga, en especial cuando no deberían de poder si quiera tener pensamientos como una persona, pero tan solo imagínalo, ¿Cómo sería si de repente un montón de hormigas empezaran a pensar como si fueran personas?—dijo Sara, mientras veía a una fila de hormigas marchando justo delante de donde ella y Lucas estaban sentados.

Las pequeñas creaturas salían desde un agujero entre los adoquines de la banqueta en la que ambos descansaban, a un par de calles del departamento de Sara.

—Espera, ¿No piensan?—Preguntó Lucas, intrigado.

—No lo hacen como nosotros, no van por ahí diciéndose a sí mismas: “Oh, de verdad se me antoja un trozo de chocolate, quiero ir a mi recámara dentro de la colmena para dormir un rato”, hasta donde yo sé, solo se mueven por instinto y quizá, solo quizá pensamientos MUY básicos, cómo “caminar”, “levantar comida”, “comer”, “morder la mano del tonto de Lucas que está intentando tocarnos”

Lucas, al oír eso último alejó la mano que estaba acercando a la fila de hormigas, la cuál iba desde el pequeño agujero en el suelo hasta algún agujero en la pared de la cafetería en la que acababan de comer.

—¿Me recuerdas por qué salimos de los cómodos asientos de la cafetería para sentarnos en la banqueta?—dijo mientras pensaba que quizá Sara quiso decir colonia en lugar de colmena.

—Estás bien menso si piensas que esas sillas son cómodas.

—Tú estás peor si piensas que la banqueta es más cómoda que esas sillas

—Usted, buen señor, debería proceder a comer cola.—contestó Sara, imitando la voz de un profesor pretencioso que habían tenido hace varios años y que siempre hablaba con palabras rebuscadas.

—Piedad, Sara. No me traigas recuerdos de tiempos tan terribles.

—Hey, la secundaria no fue tan mala.

—Fue peor que mala, peor que terrible, peor que peor.

—Oh, cállate—contestó Sara y procedió a darle un zape en la cabeza.

—Me conociste a mí y al resto de tus amigos.

—Lo sé, lo sé. Tú, Tadeo, Alan, Alicia, bla, bla, bla, etc, etc etc. Toda nuestra bandita de amigos se hizo ahí, eso no cambia que fuera horrible, lo único que significa es que saqué algo bueno de algo horrible.

—Deberías dejar de quejarte tanto.

—Y tú deberías dejar de hacer menos lo mal que me sentí por tres años.

—Está bien, está bien, me voy a callar ya.

Ambos guardaron silencio. Y mantuvieron ese silencio incómodo por varios minutos.

—Y... ¿Quieres que te cuente lo que soñé esta vez?—preguntó Lucas.

—A ver, ¿Qué soñaste?

—Recuerdo recordar bien mi sueño de anoche, pero después de haber pasado el día sin pensar en él, creo que ya no lo recuerdo por completo, pero voy a intentar recordarlo todo—dijo, mientras se preparaba para desenterrar las memorias de un sueño desde lo más profundo de su mente.

Soñé que estaba con mis amigos de la primaria y es raro porque de verdad ni los recuerdo, pero al mismo tiempo los "recordaba" bien en mi sueño.

—¿Conozco a alguno?

Bueno incluso si los conocieras mi yo del sueño podría reconocerlos, pero el yo real, no.

—De acuerdo, creo que entiendo—Mintió.

Estábamos en la escuela, pero no en la que íbamos en la primaria, sino que, en la preparatoria, es curioso como en mis sueños casi siempre que termino en una escuela es en la preparatoria.

—Bueno, siempre dices que la preparatoria fue tu "edad dorada"—añadió Sara, mientras se recostaba en la banqueta y miraba al cielo, esperando poder imaginar las extravagantes imágenes que Lucas seguramente iba a narrarle dentro de poco.

¡Ya sé! Fue bastante agradable, pero bueno, volviendo al sueño; Estábamos caminando por ese pasillo que estaba en el segundo

piso, que daba una vista directa a la entrada y entonces yo me concentraba en ver qué tanta gente entraba y salía de la escuela, me concentraba tanto en eso que mis amigos me dejaban atrás sin decir nada y sin que lo notara.

Cuando dejé de ver a la gente en la entrada de la escuela, voltee para buscar a mis amigos, encontrándome con que no solo estaba solo en el pasillo, sino que de golpe ya había anochecido, pero el cielo no era solo negro, o azul oscuro, sino que variaba, ¿me explico? Constantemente cambiaba de color y, aun así, las estrellas podían verse claramente, incluso mejor que cómo se ven en realidad y podían verse constelaciones imposibles, como si una infinidad de artistas hubieran hecho una pintura en cada rincón del cielo.

—Vaya, eso suena hermoso—Sara intentaba con todas sus fuerzas recrear esa imagen en su cabeza.

Si, lo era, pero ese cielo no era lo único que había en el sueño. Había una puerta, que era algo así como la silueta de una puerta, completamente negra. Y en el mismo sueño pensaba que eso era algo imposible, algo ridículo, pero al mismo tiempo posible. Ahí tuve unos cuantos segundos de control sobre mi sueño y abrí la "puerta". Aunque claro, bien pudo haber sido solo la ilusión de haber tenido control sobre el sueño porque llevo mucho tiempo sin tener un sueño lúcido.

Detrás de la puerta había obscuridad absoluta, ni una sola pizca de luz y no sabía que podía haber del otro lado, pero aun así entré.

—Y, ¿qué había del otro lado?—Preguntó intrigada aunque hacía mucho que se había rendido tratando de imaginar cómo es que se veía todo lo que había soñado Lucas.

Por unos cuantos segundos, no hubo nada, hubo silencio y una noche sin estrellas eterna. Pero entonces noté que no había notado que tenía los ojos cerrados.

Lucas había hecho una pausa dramática, esperando a que Sara preguntara de nuevo. Ella lo notó y muy a regañadientes dijo:

—¿Qué pasó cuando abriste los ojos?

Lo vi todo, por un momento, podía ver todo, absolutamente todo y no hablo de solo cosas como nuestra escuela, nuestra calle o nuestra ciudad, podía ver todo, todo nuestro país, nuestro mundo, nuestra galaxia, todo lo que existía, podía verlo y era hermoso, había paisajes hermosos y aterradores, increíbles, y extremadamente normales.

Vi un barco, como uno sacado de un libro de historia antigua, con remos a los costados, surcando los aires y navegando por las nubes.

Vi una ciudad gigantesca rodeando un monumento igual de enorme y dentro de él había fuego.

Pude ver naves espaciales también, del tamaño de planetas luchando contra criaturas que ya no recuerdo, pero que si recuerdo que no podía entender bien.

—Siempre me han gustado tus sueños, Lucas. Parecen películas.

Gracias. Ya casi no puedo recordar más, pero recuerdo que lo último que vi antes de despertar era a un hombre.

—¿Un hombre nada más?

No, tenía algo especial, era alguien importante, pero no recuerdo por qué. Me dijo que nos encontraríamos de nuevo y que despertara antes de que me orinara en los pantalones.

—Espera, ¿qué?

—Seeeeeeeeh, me desperté de golpe y lo primero que hice fue correr al baño, de verdad ya me andaba haciendo en los pantalones.

Sara sonrió un poco porque se le hizo gracioso, aunque no podía pensar exactamente en qué era lo que le parecía gracioso de eso.

—Aún faltan más cosas que vi en mis sueño, pero de verdad no puedo recordar nada más.

—¿Había más? Ya de por si parece que en realidad estabas drogadísimo en lugar que soñando, ¿y ahora vienes a decirme que te faltó contarme cosas más extrañas?—Sara había vuelto a tomar la iniciativa de burlarse de él.

Lucas, ignorando que una vez más Sara dijera que sus sueños parecían delirios causados por alucinógenos, cerró con fuerza los ojos, apretó los labios e intentó encontrar algo en lo más profundo de su mente sobre lo que no podía recordar de su sueño.

—Había un hombre—contestó, mientras hacía un inmenso esfuerzo por recordar y seguía apretando toda su cara.—Un hombre alto, con el pelo y los ojos grises, llevaba un traje elegante que parecía algo que sacó de un museo, también llevaba un sombrero de copa.

—Y, ¿quién era?, ¿Un loquito disfrazado?—preguntó Sara, ligeramente interesada en la identidad del producto de la imaginación de su amigo.

—No lo recuerdo, pero...

—¿Pero?

Lucas se veía incómodo, pues parecía que había querido olvidar que se había encontrado con aquel hombre, había algo en su memoria, que le decía a gritos que no recordara.

—Dijo que nos volveríamos a encontrar, en sueños.

—Mierda, eso se oye muy intenso.

—Carajo, estoy temblando, creo que por una razón lo había olvidado.

Sara notó que, en efecto, las manos de Lucas temblaban. Rápidamente, le dio un manotazo en la espalda a su amigo, se levantó y le ofreció su mano para ayudarlo a levantarse.

—Ánimo, bobo. Te invito uno de esos caramelos raros que tanto te gustan.

Lucas sonrió, dejando de lado el terrible sentimiento de que hizo mal al recordar esa parte específica de su sueño y concentrándose en que pronto comería su dulce favorito. Tomó la mano de Sara, como ya había hecho muchas veces antes y se apoyó en ella para levantarse.

Una vez de pie, le dio un codazo en el hombro.

—¡Carrera! ¡Si llego antes a la dulcería también compras chocolates!—Dijo, y echó a correr.

Sara empezó a correr detrás de él, haciendo su mayor esfuerzo, pues bien sabía que a su amigo le gustaban los chocolates caros y ella definitivamente no quería pagar por ellos.

Lo rebasó sin problemas, pues siempre había sido más rápida que él.

—¡Muévete Lucas!— gritó mientras corría y esquivaba a la gente que caminaba en las calles. —¡O se hará de noche y al maníaco del hacha le gusta la obscuridad!—Gritó de nuevo, tratando de usar el miedo que Lucas tenía por el asesino serial que rondaba la ciudad para motivarlo a ir más rápido.

<<Ay no>> Pensó Lucas, al recordarlo y lo volvió a pensar al ver cómo su

oportunidad de conseguir más azúcar se alejaba junto con Sara.

Capítulo 2

2.

La noche se había adueñado de la ciudad y el detective Antonio rondaba las calles. Hacía un par de días que había ocurrido otro asesinato, con el mismo modus operandi, la misma arma homicida y exactamente el mismo homicida.

—¿Dónde te escondes, grandísimo cabrón? —susurró, con la ligera esperanza de que el asesino serial que ganaba fama en la ciudad apareciera de la nada para responderle.

<<Un hacha, por el amor de dios, ¿Cómo es que alguien puede hacer todo eso con un hacha nada más?>> se preguntó a sí mismo, mientras seguía rondando las calles, patrullando.

<<Un hacha, todo lo que sabemos de él, o ella, o lo que quiera que sea, es que usa un hacha, nada más. ¿Qué mierda se supone que deduzca de eso?, ¿un leñador asesino?>>

Pateó una lata que estaba en la banqueta, uno de los muchos trozos de basura que plagaban ese barrio.

<<Y todos los homicidios en los barrios bajos, ¿le gusta matar gente pobre?, ¿acaso es por algo más?, ¿lo, la, le, li, lu encontraré hoy?, ¿acaso quiero encontrarlo?>>

—Por supuesto que sí quiero hacerlo—se contestó a sí mismo, esta vez en voz alta.

—¿Por supuesto que si quieres hacer qué?, animal.

Antonio había desenfundado el revólver y estaba a punto de voltearse y disparar, cuando reconoció la voz de uno de sus colegas, el otro detective Antonio.

—Grandísimo cabrón, ¿tenías que asustarme así? —le preguntó a su tocayo.

—Claro. Si no, ¿dónde está la gracia de estar en el basurero de la ciudad a medianoche? —contestó Antonio.

Volteó a verle la cara, con la intención de insultarlo mirándolo directo a los ojos, pero tras recordar todos los años que pasaron trabajando juntos y el hecho de que simplemente no sacaría nada de empezar un concurso de

quién podía pensar en el peor insulto, se limitó a saludarlo con la mano rápidamente.

—Mierda, Antonio, ya estabas listo para pegarme un tiro.

—Por supuesto, tarado. Hay un asesino serial suelto, ¿esperas que no esté alerta?

—¿El lunático del hacha cuenta como un asesino serial? —preguntó Antonio.

—No tengo idea, mata a diario, a veces grupos grandes de personas, se lleva las cabezas, al resto de los cuerpos los convierte en picadillo y eso es lo único que nos hace saber que él es el culpable.

—Putra madre, ¿nosotros tenemos que atraparlo?

—La policía está muy ocupada con disturbios, drogas, robos y el hecho de que ya les mató a cuatro oficiales como para querer lidiar con él.

—¿No había otra loca con garras que es asesina a sueldo? Pronto habrá más de estos dementes corriendo por ahí matando gente solo por sus santos huevos, tú y yo no podemos encargarnos de todos a la vez.

Antonio estaba haciendo un serio esfuerzo por recordar de quién estaba hablando su compañero, mientras este miraba en todas direcciones esperando a que cualquier amenaza saliera de la nada.

—Ni idea—contestó Antonio—Hay que movernos, no podemos quedarnos aquí chismeando sobre los criminales de la ciudad.

—Baboso, seguro que ni la recuerdas. —contestó, molesto porque sabía que a Antonio le entusiasmaba tener trabajos tan extraños.

Antonio solo se limitó a llevarse un dedo a los labios para exigirle a su compañero que cerrara la boca, hecho esto, señaló la calle a la que iban a ir para seguir patrullando.

—Cabrón, solo estás eligiendo los lugares más asquerosos de la ciudad. ¿Seguro que no estás enojado conmigo? Porque apesta a "Voy a joder al pendejo de Antonio porque me hizo enojar, llevándolo a que se llene de mierda".

Antonio lo miró con desdén y siguió caminando a la calle que, como Antonio había señalado, definitivamente era de las más sucias de la ciudad.

—Putra madre Antonio, mis botas son nuevas, no quiero que se ensucien de meados y mierda—se quejó Antonio.

—Mira animal, si no cierras el maldito hocico yo te lo voy a cerrar con un...

Un cristal rompiéndose en algún lugar cercano detuvo inmediatamente la nascente discusión.

—A unas seis calles de distancia, una ventana, quizá segundo o tercer piso—Antonio había hecho gala de su impecable audición, como le encantaba hacer siempre para verse a sí mismo como el superior de su compañero.

—Hasta que al fin dejas de lloriquear—contestó Antonio, alegrado por el fin de las quejas de su compañero.

Ambos habían desenfundado en cuanto escucharon el cristal romperse y ahora corrían directo a la fuente del sonido con los dedos en el gatillo, esperando tanto encontrarse con el asesino como no hacerlo.

Antonio, quién usualmente dependía mucho de su antinatural sentido del oído, fallaba un poco en la resistencia física, dejando así que su compañero lo rebasara.

—¡Mierda! —gritó jadeando—¡en dos calles da vuelta a la izquierda!—siguió gritando a su compañero, que cada vez lo dejaba más atrás.

Antonio lo había escuchado y por un segundo temió dejarlo demasiado atrás y que el asesino lo atacara, pero conocía bien a su compañero y sabía que no había forma de que él no huyera con éxito si alguien peligroso se le acercaba demasiado. Siguió con las instrucciones de Antonio y giró a la izquierda en la calle exacta.

Había llegado a una calle con departamentos por doquier, y tal cómo Antonio había aproximado, en el tercer piso de uno de los edificios había una ventana rota con las luces del departamento encendidas y nada más.

<<No hay nada en la calle más que basura, algo o alguien entró por esa ventana. Pero ¿Cómo? Es un tercer piso.>>

Y entonces empezaron los gritos dentro de aquel edificio.

—Rayos—dijo—y justo cuando empezó a correr a la puerta del edificio, esta se abrió o mejor dicho estalló por el golpe de un cadáver que la había

atravesado, dejando un agujero inmenso en ella.

Antonio ya estaba apuntando a la puerta cuando Antonio al fin lo alcanzó e inmediatamente dirigió el cañón de su revólver a la puerta agujereada.

—¡Es el puto demente del hacha! —exclamó Antonio

—Aún no lo sabemos—respondió Antonio

—No digas mamadas, Antonio, ¿Quién más va a lanzar a un pendejo a través de una puerta?, ni el cabrón de Juan tiene la fuerza para hacer eso.

—Pues verás, mi amigo—dijo Antonio a Antonio, mirándolo de nuevo con desdén—No veo ningún hacha.

Antes de que Antonio pudiera decir algo, una persona abrió frenéticamente la puerta. Entre gritos y maldiciones, logró salir y ambos Antonios vieron a un hombre escuálido cubierto de sangre y la ropa hecha jirones saliendo del edificio. Por unos breves segundos, el hombre miró a sus alrededores, creyendo que no era posible que hubiera logrado salir del edificio con vida.

En cuanto miró a ambos detectives, una mezcla de alivio y un pánico diferente al que había experimentado en los últimos minutos se reflejó en su rostro.

El mismo rostro que recibió de lleno la cabeza de un hacha que había sido lanzada a toda velocidad desde dentro del edificio.

—Putra madre—dijo Antonio—ahí tienes tu puta hacha, Antonio.

Una figura innegablemente humana atravesó ferozmente la puerta, destruyéndola al fin. Era una persona cubierta con una gabardina color caqui claro que se lanzó sobre el cadáver con ansias.

Instantáneamente arrancó el hacha del hombre que había asesinado y acto seguido empezó a atacar al cadáver con la misma sin parar.

Ambos Antonios estaban atónitos, sorprendidos por al fin haber dado con el asesino que estaban cazando y por la fuerza descomunal que este poseía, además de que no cabía en sus cabezas que ni si quiera los había volteado a ver.

—¡Hey! —gritó Antonio y el asesino se quedó quieto, con el hacha cubierta de vísceras alzada, a punto de caer de nuevo en el cadáver.

—Exacto, quédate quieto, tienes dos revólveres del quinientos apuntándote.

El asesino no habló y simplemente dio el hachazo que había quedado inconcluso al cadáver.

—Putra madre, ¿sabes lo difícil que es limpiar tus mierdas? —gritó Antonio— ¡Manos arriba antes de que nos juzguen por matar a otro delincuente!

Acto seguido, tanto Antonio como Antonio se sorprendieron ante la antinatural respuesta del asesino; se echó a correr, con todo y el trozo de cadáver en el que su hacha se había incrustado.

Sin dudar por un solo segundo, ambos detectives abrieron fuego, disparando dos veces cada uno con los cuatro tiros fallando mientras el asesino les daba un espectáculo de acrobacias que ninguno de los dos Antonios había visto antes, saltando y haciendo volteretas en el aire para evitar los tiros esquivando con facilidad cada uno de los disparos mientras seguía corriendo.

Antonio, seguido de Antonio echaron a correr tras él. Ambos disparando con cada oportunidad que tenían. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis fallos más y una breve persecución después, el asesino se acorraló a sí mismo en un callejón sin salida.

—¿Ya acabaste? A mi compañero no le gusta mucho correr—Preguntó Antonio al asesino.

—Tuputísimamadre—contestó Antonio, jadeando, pues en solo cinco minutos había corrido todo lo que no había corrido en un mes.

—Respira y recarga—respondió Antonio, sin dejar de apuntar, preguntándose si lograrían detener a su objetivo o si quiera evitar que este los añadiera a ellos a su lista de víctimas.

—Un tiro más—dijo el asesino—Ambos tienen un solo tiro más y no creo que puedan acertar.

Era una voz grave y tranquila la que emanaba de aquel ser que les daba la espalda, el que había pintarrajeado las calles con la sangre del trozo de carne que alguna vez había sido una persona que seguía adherida a su hacha, el que llevaba una boina negra que, por algún milagro no se le había caído en la persecución.

—Por algo le dije que recargara—contestó Antonio, quién no esperaba

escuchar una voz tan calmada viniendo de él.

—Caballeros, es mi deber seguir con mi labor, y quizá su deber sea evitar que mate, pero eso no significa que deban cumplir con su deber.

—El hecho de que sea nuestro deber causa que tengamos que hacerlo—respondió Antonio—Ahora, deja de hablar, arriba las manos y suelta el hacha.

—Terrible elección de palabras, detective—contestó.

Antonio había terminado de recargar, pero no tuvo tiempo de hacer nada, pues el asesino volteó, alzando ambas manos como le habían ordenado, pero aun sujetando el hacha y usando todas sus fuerzas, le arrojó el pedazo de cadáver en el que estaba incrustada.

Una masa de carne y huesos rotos se estamparon con una fuerza inhumana en Antonio, derribándolo y arrojándolo un par de metros atrás.

—Una vez más, detective, tiene un solo tiro—dijo mientras miraba al Antonio que seguía de pie directamente a los ojos solo que este no podía ver el rostro del hombre al que le apuntaba, pues portaba una máscara blanca que cubría su rostro.

—Y una mierda—contestó Antonio, herido y con grandes dificultades para hablar—¡atrápala! —gritó a su compañero, mientras le arrojaba su revólver.

Antonio lo atrapó sin problemas y ahora había el doble de pistolas apuntando al asesino.

—Saben que una pistola semiautomática sería más útil para esta situación particular, ¿verdad? —preguntó el asesino.

—Claro, pero usar revólveres es más divertido. —contestó Antonio mientras apretaba ambos gatillos.

Dos proyectiles volaron directamente al pecho del asesino, uno falló de lleno y el otro alcanzó a rozar al hombre en su brazo hábil mientras trataba de esquivarlo.

—Gran puntería, detective.

Antonio le arrojó su revolver vacío, el cual también esquivó.

—Ahora no fue tan buena puntería—respondió el asesino.

—No te entiendo. No te entiendo en absoluto.

—Mi querido detective, no hace falta que me entienda.

—Por supuesto que sí. Pero no tienes sentido, tu fuerza, que literalmente esquives balas saltando y haciendo piruetas, que no hayas intentado matarnos aún, tus víctimas, que uses un hacha cuando cualquier otra cosa llamaría menos la atención, que lleves un cacho de plástico blanco en la cara.

—Es metal—corrigió el asesino.

—Metal—contestó Antonio, irritado—¿Quién o qué eres tú?, ¿Por qué haces esto?

—Soy yo y nada más, detective. Esto es lo que hago. No hay nada más que saber.

—¿Y qué es "esto"? —preguntó de nuevo, intentando comprenderlo un poco más—¿Matar gente indiscriminadamente?, ¿lanzarle albóndigas humanas a Antonio?

—¿Se llama Antonio? —preguntó el asesino, mientras separaba su mirada del Antonio que aún quedaba en pie para concentrarse rápidamente en el Antonio que yacía en el suelo—Lo lamento mucho Antonio, pero tenía que hacerlo.

—Vete a la mierda, me duele respirar—contestó Antonio.

—Ahora detective, le daré la oportunidad de llevar a Antonio a un médico o de intentar gastar los seis tiros que aún le quedan y posiblemente requerir de un médico usted también.

—¿Por qué?, ¿por qué nosotros dos no vamos a morir en este encuentro?

—Contestó Antonio, aun esperando una respuesta.

—Porque sus vidas no me interesan, no tienen nada de valor para mí, las personas que han perecido a manos de mi hacha si lo tenían.

—Dispárale al cabrón, Antonio—gritó Antonio.

—¡Oh! Comparten nombre, ¡que interesante! —dijo el asesino con un tono ligeramente alegre—No hace falta que compartan el mismo destino, es su última advertencia Antonio.

Antonio, ligeramente perturbado por el ser que se encontraba en frente de él, que parecía ocultar una sonrisa detrás de su máscara, se acercó poco a poco a su compañero, sin apartar la mirada ni el cañón del revólver de su compañero del asesino, quien jugaba con su hacha, girándola entre sus manos.

—¿Cómo estás? —preguntó, mientras seguía vigilando al asesino y se preguntaba el por qué no se iba mientras no suponía un obstáculo para salir del callejón.

—Me duele todo, mierda. No quiero seguir respirando.

—Bien—contestó Antonio a regañadientes—Nos vamos cada quién por su lado, ¿entendido? —preguntó al asesino.

—Por supuesto Antonio—contestó emocionado—¡Hasta la próxima, caballeros! —incluso agitando su brazo herido, con todo y hacha para despedirse.

—Muy pinche amistoso, hijo de la grandísima...—habló Antonio, pero fue interrumpido por un codazo en la cara de Antonio, quién aún miraba al asesino alejarse jovialmente, vigilándolo aun cuando este ya estaba a varios metros de distancia y dándoles la espalda.

—Oh dios, lidiar con él será horrible—dijo Antonio, una vez que el asesino había desaparecido entre las calles. Recogió su revólver y finalmente le quitó a Antonio de encima el trozo de cadáver que habían usado para dejarlo fuera de combate.

Sacó un celular y empezó a marcar el número para llamar a Juan, ninguna ambulancia iría a esa parte de la ciudad y Antonio no tenía ganas de cargar a Antonio hasta un hospital. Se sentó a un lado de su compañero caído, suspiró y empezó a preguntarse que pondría en su reporte para explicar lo que había pasado esa noche.

—Será aún peor todo el papeleo—dijo en voz alta

—Te detesto—respondió Antonio, aún tirado en el suelo.

—Lo sé. Aguanta un poco más, pronto vendrá Juan y él si se va a enojar cuando le contemos de la última hora.

Capítulo 3

3.

Lucas estaba soñando de nuevo. Esta vez se encontraba en una amplia planicie, cubierta de pasto que, a pesar de la tierra húmeda, estaba seco.

Lucas se encontraba arando la tierra, empezando el sembradío de un cultivo que no conocía, pero que en el sueño parecía ser lo que mejor sabía hacer.

Trabajaba sin demora y sin mostrar cansancio, hacía surcos en la tierra, sembraba y regaba con una regadera que aparecía y desaparecía según él la necesitaba o no.

—¡Ah! Lucas, hola.

Lucas paró en seco. Sintió temor al reconocer la voz que a su parecer no debería de existir.

—Eres tú otra vez—respondió Lucas, mientras seguía arando, pero ahora le temblaban las manos.

—Soy yo. Siempre es interesante verte.

—No puedo decir lo mismo—Lucas arrojó la azada al suelo y volteó a ver al ser que hacía mucho tiempo acechaba sus sueños.

Un par de ojos grises le devolvieron la mirada. El hombre, o mejor dicho, *la cosa*, a la que pertenecían alcanzaba varios metros de altura y vestía un elegante traje negro, con todo y sombrero de copa. Largos cabellos y barbas grises surgían de su rostro y llegaban hasta el suelo.

—Aún no te rasuras, pensé que eventualmente te soñaría diferente.

—No lo he hecho en mucho tiempo, Lucas.

El ser trató de darle la mano a Lucas. Alzó una de sus manos, pues sus brazos eran tan largos que sus manos estaban en el suelo, varios metros detrás de él.

Lucas contuvo el asco que los grotescos miembros de aquel ser le causaban cada vez que se movían y le dio un amigable apretón de manos.

—¿Y por qué viniste aquí? Siempre que te apareces, mis sueños se van al

averno—preguntó Lucas, ahora más enojado que atemorizado.

—¿Yo? Pero Lucas, eres tú el que ha venido aquí, siempre te lo digo, siempre lo olvidas.

—¿Por qué vendría? Solo escucharte me hace sentir que algo se arrastra en mis oídos y se enrosca en mi mente.

—Muchos como tú siempre buscan encontrarme, todos tienen sus motivos y pocos logran verme una sola vez. Pero tú, Lucas, tú lo has hecho cientos de veces.

—¿Qué eres?—Preguntó Lucas.

—Soy yo.

Lucas, usando solo gestos de confusión y frustración, hizo entender al ser que necesitaba más información.

—Yo soy una parte del todo a la que le permitieron ser consciente de ello.

—¿Qué?—Lucas volvió a tratar de preguntar.

—La existencia es un ente que crece y se retuerce de formas que tú jamás podrás entender ni percibir. De ese ente una minúscula fracción ganó consciencia de si misma.

—¿Y esa fracción eres tú?

—No. Yo no soy esa fracción de la existencia, pero si soy su único protegido. Y ya sé qué preguntarás, pues yo sé demasiadas cosas. Esa fracción quizá no se llama a sí misma dios, pero dios es el concepto más cercano a lo que es.

Lucas, preguntándose a si mismo, como es que su subconsciente era capaz de inventarse tantas cosas, seguía perdiéndole el miedo a esa extraña creatura que él creía era fuente de su imaginación.

—No, no soy fuente de tu imaginación, pero tu imaginación te ha traído hasta aquí incontables veces. Tu subconsciente puede encontrarme y tú mismo quieres venir a mí, a mi hogar, a mis dominios, aunque es bastante gracioso, pues técnicamente toda lo que existe lo es.

—No sé de qué me hablas, loco. Porque no recuerdo nunca el haber querido encontrarme contigo, ni la primera vez que lo hice, ni esta. Ahora mismo solo quiero olvidar que te volví a ver.

—Y así será, Lucas. Tu deseo será concedido, tú lo olvidarás, pero tu subconsciente escapa de tu control y él anhela volver y él te hará volver. Fue agradable verte de nuevo, no hay muchas caras a las que considere familiares.

Dicho esto, el ser alzó ambos brazos al cielo y el sol, como si de una linterna se tratase, se apagó, dejando a sus ojos grises como la única fuente de luz en aquel lugar, Lucas los miró hasta que poco a poco dejó de percibirlos y se sumió en una absoluta oscuridad.

Fue entonces cuando Lucas despertó en su habitación, cubierto de envolturas de caramelos y una de sus sábanas.

No podía recordar nada de su sueño, excepto que había vuelto a ver al hombre de los ojos grises.

Capítulo 4

4.

—¿Ojos grises? —preguntó Alicia.

Lucas asintió, mientras trapeaba el suelo y se preguntaba qué cosa había comido el cliente que hizo el charco de vomito que estaba limpiando.

—Y ¿pelos grises? —Continuó Alicia.

—Sip.

—Lucas, ¿me estás diciendo que un anciano te acosa en sueños?

—Eso parece. ¡Rayos! Esta cosa apesta, no me pagan lo suficiente para limpiar porquería así.

—Ay pobre, pobre Lucas—dijo Alicia, con una voz burlona—¿Es demasiado poco el salario mínimo para un nini?

—Hey, yo trabajo, literalmente no puedo ser un nini— contestó Lucas, mientras echaba más jabón al piso.

—Pero dejaste la escuela hace como dos años.

—No dejé la escuela porque ni si quiera le empecé. La universidad no está hecha para mí.

—Eso o tú no estás hecho para ella.

—Quizá. —respondió lucas, mientras trapeaba con más fuerza.

—¿Pero si para limpiar vómito que parece más diarrea de baño público?—replicó, mientras se tapaba la nariz con una mano—¡Mierda Lucas! ¿Con qué lo estás limpiando?, ¿Orina?, ¿Más vómito?

—Hey universitaria, tú no lo estás limpiando y yo ni si quiera me puedo tapar la nariz para no oler esta peste.

—Soy una clienta, y la clienta quiere que limpies.

—¡Ni si quiera has ordenado nada! —replicó Lucas, irritado.

—No, porque no quiero comer mientras apesta a basurero, además

quedamos en ir a comer a otro lado.

—Ya sé, ya sé. Quieres crepas y vamos a ir por ellas, solo deja que pasen otros quince minutos y me devuelven mi alma.

—¿Crees acabar de limpiar ese desecho tóxico en quince? —preguntó Alicia.

—Nah—respondió Lucas, deteniendo su labor y recargándose en el trapeador para mirar a Alicia—Será el problema del pobre diablo que tiene su turno después de mí.

Alicia ahora tenía un brazo pegado a su nariz, improvisando un cubrebocas con el suéter que llevaba puesto, lo condenó en silencio por huir de la limpieza, pero también le alegraba que no lo tendría que esperar hasta que terminara, así que solamente alzó uno de sus pulgares en una pequeña señal de apoyo.

Lucas devolvió el gesto—Solo un poco más y nos vamos—dijo y volvió a concentrarse en limpiar el suelo.

Pero concentrarse en la tarea le resultó imposible y rápidamente empezó a divagar, su mente viajó de pensamiento en pensamiento sin rumbo aparente.

<<Rayos, quizá si debí entrar a la uni>> pensó, al mismo tiempo que recordaba uno de sus sueños en el que estaba perdido a la mitad de un bosque al que nunca había ido.

<<¿Pero, no estoy bien así?, ¿Necesito más?>> se preguntó.

<<¿Quiero más?, ¿Más qué?, ¿Más cosas?, ¿Más cosas que hacer?>> continuó interrogándose a sí mismo.

<<¿Hace cuánto dejé de pensar en el futuro?>>

<<¿Está bien que lo hiciera?>>

<<¿Estuvo mal?>>

<<i>No!>> se contestó a sí mismo.

<<No está mal el no querer más, todo estará bien mientras me la pase bien>> continuó hablándose a sí mismo.

<<Ay no>> pensó.

<<¿Me la estoy pasando bien?>> se cuestionó una última vez antes de que su celular lo devolviera a la realidad.

—¡Bueno! —Exclamó Lucas, lleno de una falsa alegría y preguntas sobre el rumbo de su vida—Se acabó mi turno, ¡adiós desechos humanos de dudosa procedencia que redefinieron mi concepto de asqueroso!

Alicia rio un poco, pues ella también consideraba que era lo peor que había tenido la desgracia de oler en su vida.

—Muévelas, Lucas.

—¡Voy! —respondió Lucas, alzando los brazos y mirando a su alrededor para verificar que el cuarto donde guardaban los suministros de limpieza en su trabajo—¡Admira, querida Alicia, estaré listo en menos de un minuto!

Lucas remojó el trapeador para quitarle los desechos y lo secó. Luego se quitó el gorrito del restaurante de comida rápida en un movimiento rápido, también el delantal cubierto de la suciedad de su oficio y finalmente se quitó la camisa sin desabotonar nada, envolvió su uniforme sucio en su trapeador y como si se tratara de una jabalina, arrojó todo a través del mostrador y la puerta abierta del cuarto de limpieza, dando justo en su blanco; un bote de basura que tenía otros trapeadores envueltos en uniformes sucios.

—¿Cuántas intentos te tomó poder hacer eso? —preguntó Alicia, mientras le dedicaba exactamente tres aplausos.

—Perdí la cuenta demasiado rápido—Respondió Lucas, feliz de haberlo logrado en frente de alguien en lugar de a medianoche mientras cerraba el local.

—¿No tienes que registrar tu salida o algo así?

—Audaz de tu parte asumir que mi jefe si quiera está en el edificio.

—Rayos. Entonces, ¿Cómo saben que trabajas?

—Con magia y mensajes de texto, creo que le caigo bien al jefe y le basta con que le avise—respondió mientras sacaba el celular para hacer exactamente eso.

—Oh. Interesante desarrollo de la trama de tu vida, Lucas. Ojalá y yo le caiga bien a mi primer jefe también.

—Oh vamos Alicia, va a pasar, todo el mundo te quiere—Contestó,

mientras le daba un pequeño empujón con el brazo.

Alicia sonrió —¿Ya nos vamos? —preguntó, mientras señalaba a la entrada.

Lucas terminó de escribir su mensaje, guardó su celular y ambos salieron del restaurante. <<Adiós por hoy, hoyo grasoso que paga una parte de mis necesidades>> pensó.

<<Y hola, ansiedad terrible por no saber cómo hablar como una persona normal>>

Mientras salían y caminaban al puesto de crepas favorito de Alicia, Lucas no podía dejar de pensar en cómo hacer para llenar el vacío que él sentía con el largo silencio que los acompañaba.

<<Raaaaaaaayos, ¿Qué cosas le gustaban a Alicia? Y ¿Por qué no puedo recordarlas?>>

Ambos caminaban a la misma velocidad, evitando el chocar con personas que iban en dirección contraria a la suya en la calle, sin dejar que estas mismas los separaran demasiado.

<<Demonios, esto es lo que me gano por solo salir con Sara, ahora hablar con otras personas parece algo extraño, aunque creo que aún recuerdo cómo hablar con Mau>>

Lucas empezó a mirar a los diferentes anuncios que había en la calle para tratar de encontrar un tema de conversación mientras disimulaba que los nervios por no saber de qué hablar se lo estaban comiendo vivo.

—Oye Lucas, ¿Qué carrera habrías elegido si hubieras entrado a la universidad? —preguntó Alicia, pues para ella seguía siendo un misterio por qué Lucas decidió acabar su vida de estudiante en la preparatoria.

<<Oh dios, gracias. No importa que sea absurdamente incómodo, es algo de qué hablar>>

—La verdad—empezó Lucas, mientras evadía a un hombre barbón que le sacaba treinta centímetros de altura—es que no estoy seguro. Recuerdo haber leído planes de estudio, el cómo trabajaban las escuelas a las que podía ir, cómo eran los profesores, qué podía hacer si me dedicaba de lleno a varias carreras, pero, al final nada me convenció.

—Oh—contestó Alicia, pensando en cómo ella no había dudado nunca de qué era lo que quería estudiar.

—Seh, terminé pensando que la escuela no es para mí. Siento que sería miserable estudiando cualquier carrera.

—¿De verdad? ¿No hay nada que te guste? —Alicia preguntó de nuevo, ahora ella se sentía incómoda, porque el humor de Lucas había cambiado muy notoriamente.

—Nope, nada, cero absoluto—contestó Lucas, mientras alzaba la mano derecha y juntaba el índice y el pulgar. —Y es TAN extraño, porque...

—¿Por qué? —preguntó Alicia, pues Lucas se había quedado callado.

—Porque juraría que recuerdo haber querido hacer algo con mi vida, pero la verdad ya no recuerdo qué era ese algo. Es raro, es frustrante y es extraño, porque ahora que estoy pensándolo, lo único que tenía de objetivo era solo ser feliz, pero ¿no es eso demasiado ambiguo?, ¿No debería de ser algo más... específico? Y ya había pasado mucho tiempo sin pensar en ello así que ahora no estoy seguro de nada.

—Mira—respondió Alicia, tomándolo de la mano para detenerlo en el cruce de peatones, pues Lucas estaba enfrascado en sus pensamientos y ya iba en camino a alejarse del puesto de crepas—yo creo que es normal no estar seguro de todo, Lucas. Además, creo que ahora estás a puntito de tener un ataque de pánico. Estoy segura de que sí sabes qué es lo que quieres, quizá ahora no lo recuerdes porque no pienses mucho en ello, pero eso es algo que se puede arreglar e incluso si no, solo significa que aún puedes encontrar ese algo que quieres.

Lucas, que en el instante en el que escuchó la posibilidad de un ataque de pánico, empezó a regular su respiración, la cual nunca notó que se había acelerado, encontró algo de alivio en las palabras de Alicia.

—¿Ves? Por estas cosas es que todos te quieren—respondió, aún un poco agitado y tratando de sonreír.

—¿Y si intentas preguntarle al sujeto de tus sueños? —preguntó Alicia—Al fin y al cabo, es algo que salió de tu subconsciente, quizá es una forma que tú mismo hiciste para hablar contigo. —sugirió, sin saber que eso despertó tanto temor como interés en Lucas.

—Creo que podría intentar eso—respondió y en cuanto logró calmarse, vio que ya habían pasado varios minutos a una calle de distancia de las crepas. —¿Qué vas a pedir tú? —preguntó, mientras miraba al puesto.

—Que te sientas mejor y en cuanto a las crepas, voy a querer algo ahogado en cajeta—respondió Alicia y aun tomándolo de la mano, avanzó hacia el puesto.

Capítulo 5

5.

Disparó tres veces, a una velocidad que ninguna de las personas que recibieron las balas creía posible de un revólver. Cuatro muertos y un herido cayeron al suelo y el detective Antonio estaba agradecido de nuevo con el calibre de su arma.

—Bastante estúpido de tu parte venir aquí, imbécil—habló Antonio al sobreviviente, tratando de ocultar el enojo que sentía.

—¿Ahora es ilegal venir a un hospital, bastardo demente? —le respondió.

—Es ilegal para un montón de sicarios tratar de asesinar a Antonio en un hospital abandonado. Al menos tengan los huevos de hacerlo cuando pueda defenderse—contestó, mirándolo con desdén.

Antonio accionó el revólver de nuevo y la bala pulverizó la rodilla del hombre, causando que sus gritos inundaran el pasillo, al igual que creciera el charco de sangre en el suelo. Rápidamente, le introdujo el montón de papel de baño sucio que tenía en uno de sus bolsillos en la boca, para amortiguar el ruido.

—Tú vas a limpiar toda esta mierda, Antonio—La voz de Juan, se escuchó detrás de él.

—Lleva a este tarado sin piernas—respondió mientras le daba una patada en la rodilla que le quedaba al pobre desgraciado al que le había disparado dos veces—y sácale todo lo que puedas, quiero matar al pendejo que se le ocurrió venir a matar a Antonio mientras se recupera.

—Déjate de tonterías dramáticas y limpia tu mierda, bien sabes cuál de todos tus amiguitos envió a estos niños a matarlo—contestó Juan, quién ya cargaba al hombre agonizando a uno de los cuartos cercanos.

<<Me cago en todos los que tuvieron algo que ver en que naciera el pendejo que envió a estos tarados a ensuciar el piso de este maldito hospital>> pensó, mientras iba por un trapeador y todos los productos de limpieza para que al menos la sangre no se viera a simple vista.

Caminó por el pasillo abandonado mientras imaginaba cómo habría sido aquel hospital en el pasado, antes de que fuera abandonado. Imaginó el lugar lleno de personal corriendo frenéticamente de un lado a otro, tratando de salvar vidas.

<<Gente muriendo en un hospital, mientras gente lucha por su vida y gente lucha por ayudar a los que luchan, aún después de que los profesionales se fueran, este edificio horrendo sigue siendo un hospital>>

Recargó el arma, pues estaba completamente seguro de que no sería el último grupo de asesinos que iría a tratar de matar a Antonio.

<<De seguro que este grupo era del imbécil de Ricky, ningún otro nos odia tanto a ambos, seguro sigue enojado de la vez que encontramos la droga que iba a vender por todo un año>>

Abrió una puerta de madera mal hecha que visiblemente era una adición que Antonio y sus compañeros habían hecho y encontró el trapeador, junto con algo de jabón, y volvió al cuarto en el que descansaba Antonio.

Entonces, en uno de los charcos de sangre, vio una pisada y desenfundó el revólver.

<<No, no. Juan no pisaría el charco, Antonio no se puede ni mover y mis suelas no se ven así>>

Vio la cerradura de la puerta acorazada de la habitación de su tocayo y no encontró señales de que intentaran abrirla.

<<Cerramos la ventana con concreto, no pueden forzar esa cerradura sin hacer ruido, no pueden abrir el techo o las paredes sin hacer un escándalo. No hay manera de que entraran al cuarto.>>

Pensó en gritarle al intruso que había sido descubierto, pero también pensó que sería mejor sorprenderlo cuando intentara hacer algo, también pensó en avisarle a Juan, pero vio que la puerta del cuarto en el que estaba igual se encontraba completamente asegurada.

Así que volvió a enfundar su revólver y recargó el trapeador en la pared, preparándose a limpiar—¡Putá madre! —gritó, al darse cuenta del error que había cometido.

—¡No traje agua para limpiar esta porquería! —exclamó, frustrado, tanto para hacer notar a quién quiera que estuviera ahí que se iba a alejar de la puerta como porque de verdad se había olvidado de tomar una cubeta con agua para limpiar.

En cuanto volteó al pasillo para ir por la cubeta, se encontró siendo observado por dos siluetas al final de este.

<<¿Dos? ¿Hasta allá? ¿Querrán distraerme?>>

Antonio desenfundó de nuevo y con la empuñadora del revólver golpeó la puerta de Juan tres veces seguidas. Antonio iba a dejar que lo alejaran del cuarto de Antonio.

Caminó hacia las siluetas, y vio que ambas, efectivamente, eran personas, personas cubiertas completamente de negro y encapuchadas, personas que tenían varias cuchillas largas en las manos, como si fueran garras. <<Sip, estas son otras a las que de seguro hicimos enojar>>

—¡Oy! —gritó, mientras se acercaba más—¡El hospital está abandonado, no queremos más cirujanos!

Las dos personas empezaron a caminar hacia él.

—¡La salida está detrás de ustedes! —volvió a gritar Antonio, tratando una última vez de evitar una pelea, pero al mismo tiempo empezó a apuntarles con el revólver.

Ambas personas corrieron hacia él—¡Bang! —gritó con fuerza, con su voz resonando en todo el pasillo, causando que una de ellas se escondiera en uno de los cuartos y también que Antonio se riera un poco por el hecho de que uno de sus trucos más absurdos había funcionado.

Al notar que ahora estaba sola, la otra persona retrocedió y entró en la misma habitación.

<<Definitivamente me están alejando de Antonio>>

Antonio siguió caminando, sin dejar de apuntar al cuarto en el que se habían ocultado, y justo antes de estar en frente de él, alcanzó a ver con la vista periférica a otra persona en el cuarto del otro lado del pasillo. Retrocedió justo a tiempo para evitar ser apuñalado en el torso por cuatro cuchillos con el largo de su brazo.

Sin si quiera pensarlo, disparó, acertando en el cuello de su atacante y derribándolo. Por un par de segundos se distrajo mirando a aquella persona en el suelo, sin hacer un solo ruido. Antonio, devolvió la mirada a su objetivo original, solo para ver una mano acompañadas de cuchillas que parecían salir de sus nudillos agarrando el revólver en su mano y otra tratando de dirigir sus cuchillas a su rostro. <<Uno>>

Antonio retrocedió jalando su revólver y su atacante cedió ante su peso, pero no sin soltar otro zarpazo dirigido a su rostro, el cual a duras penas pudo esquivar.

Disparó de nuevo, no para tratar de acertar un tiro, sino para que el

calibre de su revólver hiciera su magia. <<Dos>>

La pequeña explosión en la mano de su atacante fue suficiente para que soltara el arna y también para que este diera una patada directo en su mano, alzando el cañón hasta el techo a la vez que trataba de apuñalarle el pecho.

Pero Antonio respondió azotando esa mano con su revólver, lo que dio lugar a un peculiar baile entre él y su atacante, en el que Antonio retrocedía y desviaba puñaladas y zarpazos con su arma, pues su atacante no le daba un solo segundo para si quiera apuntar.

—¿Me quieres dejar disparar, cabrón?! —le gritó, mientras daba un pequeño salto hacia atrás.

Su atacante se abalanzó sobre él, apostando todo en tratar de atravesarle el torso de nuevo con una mano. Pero ahora Antonio lo tomó de la muñeca mientras esquivaba una herida completamente mortal y procedió a pegarle dos tiros en el abdomen.

<<Cuatro>>

En cuanto dejó de concentrarse en su atacante, pudo escuchar el cerrojo de la puerta de Antonio ceder, con otra figura encapuchada a punto de abrir la puerta.

Pero la puerta se abrió violentamente estampando al encapuchado contra la pared del pasillo. Juan vació su tambor en el encapuchado derribado desde el interior del cuarto y volvió a cerrar la puerta, volviendo a poner el cerrojo.

<<Necesitamos otro lugar para usar de enfermería>>

—Muy bien, sé que aún faltas tú, a menos que pasaras varios metros por fuera del hospital para llegar a la puerta de Antonio, lo cual espero que hayas hecho porque dos de ustedes al mismo tiempo habrían sido un problema horrible y la posibilidad de que te escondieras y dejaras a tu amigo recibir un tiro del quinientos en el vientre existe y es de lo más bajo que pudiste hacer —dijo al otro encapuchado que se había escondido en el cuarto.

Entonces otras cinco figuras encapuchadas surgieron de los cuartos delante de él. <<Oh mierda>>

Apuntó, y tenía preparado un cilindro cargado en su otra mano, confiando en que podría usarlo rápidamente.

—Espera, Antonio—una voz femenina salió de una de esas personas—Nuestro contrato por la cabeza de tu amigo ya se canceló, ya nos vamos.

—¿Disculpa? —preguntó Antonio, atónito de lo absurdamente relajados que estaban todos.

—Si, mataron a Ricky mientras bailabas—le respondió un hombre en el pequeño grupo.

—¿El enfermo del hacha? —preguntó, mientras recargaba, aun dudando del extravagante armisticio que acababa de ocurrir.

—El enfermo del hacha—le respondió la muchedumbre entera, al unísono, con decepción.

—Su puta madre—contestó Antonio.

Uno de los encapuchados simplemente asintió, y todos se fueron camino a la salida.

Entonces Antonio notó que tenía tres cadáveres más que limpiar y gritó insultos con una intensa frustración, pues Juan había destrozado el trapeador al echarle una mano con el encapuchado de la puerta de Antonio.

—Genial—dijo, justo cuando Juan salió del cuarto para avisarle que ahora tenía que limpiar el resultado de su interrogatorio que, al menos para Antonio, había sido absurdamente rápido.

Capítulo 6

6.

Lucas se encontraba en un desierto, admirando al sol saliendo del horizonte lentamente, iluminando las doradas dunas de arena.

—Nunca antes había estado en un desierto—habló Lucas, esperando tanto que lo único que le respondiera fuera el silencio, como que el hombre se apareciera de la nada para hablar con él— ¿Cómo es que se siente tan real este sueño?, ¿Cómo es que sé cómo se siente estar en un lugar así?

—En un sueño, la mente humana suele llenar los espacios que no conoce con lo que asume que es. No hay nada que detenga a tu cerebro para explicarle cómo es que sus sentidos están equivocados, no hay forma de que tú te enteres de que lo que estás sintiendo puede o no ser real, quizá si sabes cómo se siente la infiltrándose en tus orificios y ropa, quizá ni si quiera lo estás sintiendo porque, como nunca has estado en un desierto, nunca has tenido si quiera el pensamiento de que eso es algo que ocurre. —La voz paradójica del hombre se escuchó debajo de Lucas, sin si quiera mostrar un atisbo de algún tipo de emoción.

Lucas, sorprendido, se volteó para encarar al hombre, esperando encontrarlo en el suelo detrás de él, viendo solo más arena.

—Aunque en realidad no estás soñando, Lucas—Añadió el hombre.

Siguiendo su voz, Lucas miró en dirección al amanecer de nuevo, y se encontró con aquel ser sentado un poco debajo de la cima de la duna en la que se encontraban.

—Tú de nuevo—respondió Lucas, sintiendo escalofríos por la presencia de esos largos cabellos grises ondeando con la brisa.

—Hola, Lucas.

Estaba cubierto desde los pies al cuello con telas negras de diferentes grosores y que parecían de diferentes tipos de telas, con unas cuantas piedras azules adornando su atuendo, distribuidas por todo su cuerpo y para sorpresa de Lucas, su cuerpo no tenía nada fuera de lo normal.

—No recordaba que te vieras así. —Continuó Lucas, peleando con todos los instintos que le exigían alejarse de ese ser.

—Creo que es la primera vez que vienes a esta instancia de este lugar, es bastante normal que no me hayas visto vestido así, aunque aún si fuera el

caso contrario, igual no podrías recordarlo.

—¿Por qué? —preguntó Lucas, mientras cruzaba los brazos—¿Me estás diciendo que sabes por qué no recuerdo bien cómo son mis sueños cuando apareces tú?

—Las mentes humanas por si solas no consideran los sueños como algo importante, si no pones un esfuerzo de tu parte, Lucas, tu mente va a olvidarlos—respondió, mirando fijamente a las dunas del desierto, ahora iluminadas por el sol—Aunque, en cuanto a tus visitas, siempre dices que deseas olvidarlas. Nunca te sientes cómodo estando aquí, así que antes de irte pides que tus memorias se vayan.

—Pero siempre te recuerdo—espetó Lucas, moviendo los brazos con frustración—Es imposible olvidarte, imposible ignorar como se siente saber que pueda verte en sueños.

—Eso tiene una explicación sencilla, Lucas. Tu subconsciente testarudo siempre anhela volver, así que siempre encuentra el camino a este lugar.

Lucas se sentó a un lado del hombre, tratando de ignorar su aversión hacia él y dispuesto a tratar de hablar con lo que él pensaba se trataba de su propio subconsciente. —¿Y por qué estamos viendo este océano de arena? —preguntó Lucas, resignado a hablarle.

—Espera un poco más. —Y así hizo Lucas, mirando fijamente a las dunas doradas de aquel desierto, sin saber qué esperar.

Poco a poco, aparecieron personas en la cima de una de las dunas más alejadas. Vestían túnicas marrones y cada una llevaba una tabla de algún material que Lucas no conocía, del mismo color que sus túnicas.

Todas ellas echaron al suelo sus tablas y las montaron, solo para dejar que la gravedad empezara a arrastrarlos a las faldas de la duna en la que estaban.

—¡Oh! Creo que he visto que gente en lugares donde nieva hacen esto. —Habló Lucas, sin dejar de ver a las personas deslizándose en la arena.

Entonces vio como hacían movimientos sincronizados, formando elaboradas figuras por breves segundos en la arena usando sus tablas para desplazar arena, como si estuvieran dibujando en el mismísimo desierto, solo para que el viento se las llevara.

Cuando llegaron al pie de la duna, Lucas los perdió de vista, pues muchas más dunas se interponían entre ellos y él. Pero pronto vio a los artistas del desierto encima de otra duna más cercana sin dejar de deslizarse en

las arenas.

Y así siguió, sentado junto con aquel hombre, mirando como esas personas subían y bajaban dunas a lo largo del desierto, dibujando al sol y a la luna de cuando en cuando, al igual que símbolos que Lucas no alcanzaba si quiera a entender.

—¿Crees que disfruten de hacer esto? —preguntó Lucas.

—Por supuesto, no es sencillo usar una de esas tablas, menos aún usarla para decorar las dunas de estos desiertos.

—¿Cómo crees que supieron que querían hacer esto? —Volvió a preguntar, intentando empezar a preguntarle sobre la falta de un camino a seguir en su vida.

—Quizás nunca lo supieron y solo lo intentaron, quizás era exactamente lo que querían y se esforzaron para hacer esto posible, quizá incluso los obligaron a hacer esto por algún motivo. —Contestó el hombre y se puso de pie—Lucas, poco puedo ofrecerte para que encuentres aquello que buscas, pues hace mucho ya que olvidé cómo es vivir.

—¿Cómo es que puedes olvidar eso? Es decir, creo que ni si quiera entiendo bien cómo se supone que es vivir, pero, tampoco es como que no sepa cómo es—Volvió a preguntar, intrigado y pensando que quizá su subconsciente estaba tan perdido

—La consciencia humana no está hecha para la eternidad, Lucas. Y yo soy eterno, y yo solía ser humano, hasta que dejé de serlo, y ahora solo soy yo. —Le respondió mientras daba giros mirando al cielo con una entonación sombría.

Lucas, pasó varios minutos en silencio, mirando a aquel ser girar en la arena, mientras se preguntaba qué era lo que su subconsciente estaba tratando de decirle con toda esta charla sobre sí mismo, con las pequeñas piedras azules de su atuendo reflejando la luz del sol en pequeños destellos que molestaban a los ojos de Lucas.

<< ¿Podría ser que me estoy tratando de decir a mí mismo que en realidad muy en el fondo no me considero una persona? >> Pensó, cerró los ojos y se dejó caer en la arena boca arriba. Pasó varios minutos así, dándole vueltas a lo que el hombre le acababa de decir, dejando que su imaginación volara a diferentes lugares, pensó que quizá era una forma elaborada de decirle algo positivo, o que era un montón de palabrería sin sentido que su mente angustiada se decía a sí misma para tratar de encontrar calma.

—¿Qué crees que debería hacer para encontrar lo que quiero hacer con mi vida? —Preguntó, yendo directo al grano, sin dudarlo y anhelando una respuesta precisa a una pregunta a la que solo podían llegarle respuestas extremadamente ambiguas.

—Mira allá, Lucas—Él le respondió, sin más, señalando a una duna de un tamaño colosal, tan grande y vasta que aún alcanzaba a tapar la luz del sol, la cual por algún motivo Lucas no había notado antes.

De la titánica duna, más alta que cualquier rascacielos que Lucas hubiera visto, caía una antinatural cascada, el agua corría hasta un pequeño oasis en sus faldas, creando así una pequeña mota verde, rebosante de vida a mitad del inextinguible desierto en el que se encontraban.

En la misma cima de la duna había aún más verde, abrazando por completo a la cascada. Y cerca de esta se veían barcos volando y surcando los cielos, así como las personas que se deslizaban en las arenas surcaban el desierto.

—Ya había visto esos barcos en mis sueños antes—Habló Lucas, fascinado por tener ante él una imagen tan vívida —Nunca pensé volver a verlos, menos así de bien. Es más, nunca pensé tener una vista tan buena como para ver todo esto así de bien.

—Ahora mira a la cima, Lucas, justo en la boca de la cascada.

Y así hizo él, logrando así ver a dos personas más, tomadas de la mano, admirando el mismo paisaje que él veía, solo que desde la cima del punto más alto en el desierto.

—A la gente de este lugar le toma un año entero prepararse para hacer esa escalada, y al menos otros dos el lograrla. Sin embargo, esas dos jóvenes lo hicieron porque en sus corazones y sus almas sabían que debían ver cómo es que se veía su tierra desde tan alto, qué tan lejos podían llegar juntas y hacía dónde irían. —Hablo el hombre, sin dejar de mirarlas.

—¿Las conoces?

—Las conocí, las conozco o las conoceré, hace mucho que olvidé como distinguir el tiempo en estos lugares. Pero el punto es, Lucas, que el camino hacia lo que anhelas es largo y al mismo tiempo, el camino hacia encontrar el camino hacia lo que anhelas lo es.

—Suponía que no sería algo sencillo. —Respondió Lucas, cabizbajo.

—Ahora, si es que no sientes que tu existencia es la que deseas, lo más

seguro es que necesites cambiar algo, ¿Qué algo? No lo sé.

—¿Dices que intente cosas nuevas?

—Esa es una interpretación de lo que dije.

—Ojalá y hubiera algo interesante ocurriendo en la ciudad, Ringan es bastante aburrida, lo más interesante que ha pasado es que un lunático anda matando gente con un hacha.

—¿Deseas que ocurran más sucesos extravagantes en Ringan, Lucas?

—preguntó el hombre con firmeza.

—Sería interesante. —Respondió Lucas, sin más, mirando a las dos chicas bajar la duna, deslizándose en la arena y tallando símbolos que no entendía en absoluto, pero que lo conmovían de una forma que nunca antes había experimentado.

—Y así será, Lucas. Tu deseo será concedido. —Contestó el hombre, y alzó ambas manos al cielo, directo al sol.

—Ojalá y si, ojalá y tus intenciones no se queden solo como otra parte de mis sueños—Respondió Lucas, sin dejar de ver el espectáculo en la duna.

Lucas admiró la danza que aquellas mujeres realizaban en las arenas, alejándose solo para volverse a unir en espontáneos abrazos, sin importar que era un claro riesgo para su descenso.

Así siguió hasta que poco a poco la luz del sol desapareció y ya no fue capaz de ver nada. Volteó a ver al hombre de sus sueños y encontró solo un par de ojos grises brillando en la oscuridad, mirándolo.

Entonces, la luz de los ojos empezó a extinguirse, y Lucas se perdió en la oscuridad.

Capítulo 7

7.

Antonio estaba solo en las calles de Ringan, patrullando sin esperanza alguna de encontrar de nuevo al loco del hacha, pues se encontraba sin pistas, sin ideas y casi sin balas.

—¿Cómo es posible que esos zonzos de las garras se hicieran famosos por no poder matar a Antonio? —se preguntó a sí mismo, mientras ejercía presión en una herida en su brazo con una gasa.

Se había encontrado de nuevo a los peculiares asesinos que habían intentado asesinar a su tocayo en el hospital, cinco lo habían acosado por varias calles antes de que empezara una pelea y que solo dos logran huir con vida.

—Ni si quiera tiene sentido, apenas los conocí en el hospital y ahora resulta que todos los criminales con un poco de dinero ya los contrataron. Algo me huele mal.

Antonio seguía hablando solo en voz alta, con la ligera y completamente irracional esperanza de que escucharía la voz de Antonio respondiéndole.

<<No puedo creer que extrañe a ese llorón>> pensó, mientras caminaba después de reconsiderar sus vagas esperanzas de tener compañía.

Sintió pequeños impactos en su sombrero e insultó al clima, pues eran las primeras gotas de una gran tormenta que se avecinaba. La tormenta motivó a Antonio a terminar su patrulla antes de tiempo, pues ni si quiera se había dignado a recoger los cadáveres de los asesinos, solo se había alejado para tener un pequeño respiro y para evitar tener que limpiar más.

—“Tienes que limpiar tus mierdas, Antonio” —refunfuñó, imitando a Antonio—“Antonio, limpia este desastre” —continúo, tratando de imitar a Juan, pero su voz, un poco aguda, era demasiado difícil de imitar para Antonio—Demonios, hace mucho tiempo que no intentaba hacer eso, ahora me duele la garganta.

Tosió un poco y la lluvia empezó a caer con más fuerza. Apresurado, caminó de regreso a dónde había abandonado a su suerte a los cadáveres de los asesinos. Los peatones ya habían vuelto a la zona y en el instante en que su presencia se notó, unas cuantas personas se alejaron, pues él y todo su pequeño grupo era bien conocido en Ringan, junto con los notorios estragos que causaban al trabajar y las violentas peleas en las

que se veían involucrados.

La lluvia empezó a caer con mucha más fuerza para cuando Antonio notó que la hemorragia en su brazo se había detenido. Ahora caminaba como si nada, ignorando lo mejor que podía el dolor que sentía.

La calle seguía bastante poblada con gente que corría de un lado a otro para esconderse de la lluvia que ahora empapaba el pavimento y las banquetas, al igual que dos nuevos cadáveres donde definitivamente no recordaba haber dejado cadáveres.

Había una pequeña multitud rodeándolos, misma que, Antonio dispersó a gritos y al hacerlo descubrió que se trataba de los asesinos que habían escapado de su pelea de hace unas horas. Se encontraban partidos por la mitad, en un charco de sangre diluido en lluvia, había un mensaje tallado directamente en la banqueta:

“Mi querido detective, uno de estos tiene una carta para usted. :)”

<<No quiero saber quién, ni cómo o con qué hizo eso en la banqueta>> pensó, y acto seguido apuntó y disparó al mensaje hasta borrarlo usando los cráteres que su revólver creó.

Después, empezó a rebuscar entre las pertenencias de los cadáveres, removiéndolos y se encontró cara a cara con un rostro aterrorizado y otro que mostraba tal calma que Antonio supo al instante que ni si quiera vio qué fue lo que lo mató.

La carta que mencionaba el mensaje se encontraba grotescamente incrustada en el torso mutilado de uno de los cadáveres dentro de un agujero en el pecho que notó solo cuando trató de buscar bolsillos dentro de los harapos que vestían, un comportamiento extraño y definitivamente perturbador para cualquier persona diferente a Antonio, quién ya había visto cosas así e incluso mucho peores en su vida como detective.

Estaba envuelta en plástico para cuidar el contenido de la carta de los diversos líquidos a los que iba a estar expuesta. La lluvia ya había empeorado más y estaba haciendo un buen tramo de la limpieza que Antonio tenía que hacer.

Antes de abrir la carta, Antonio optó por ser caballeroso y un buen servidor público, levantando los trozos de asesino que habían quedado en la banqueta y llevárselos para deshacerse de ellos después. Cuando trató de ir por el resto de los cadáveres, se encontró con un espectáculo desconcertante, o quizá una desconcertante falta de un espectáculo desconcertante, pues los otros tres que habían muerto por su mano ya no estaban donde los había dejado, ni si quiera la sangre estaba donde

debería de haber estado.

—Bueno, eso no es asunto mío—dijo y en el instante en el que emprendió la marcha de regreso a la nueva enfermería que habían establecido, recibió una llamada por teléfono. Su tono, una cacofonía de trompetas tocando notas al azar, se escuchó aún con la tremenda tormenta cayendo a su alrededor.

Antonio se llevó el celular a su oreja, completamente seca gracias a su sombrero y su gabardina, y contestó:

—¿Diga?

—Antonio, ven rápido, pasó algo extraño—La voz de Juan le contestó, estaba un poco alterado.

—¿Qué pasó?, ¿Está bien Antonio?

—Está mejor que bien, se recuperó, despertó. Esto es raro, tenía rotas varias costillas, esa mierda no debería de haberse arreglado hasta dentro de al menos un mes. —respondió su compañero, completamente desconcertado.

—Voy rápido—Contestó Antonio y colgó sin decir más.

Antonio maldijo a los trozos de persona que tenía que cargar y se echó a correr de regreso a su nueva guarida, con un sinfín de pensamientos erráticos y sin sentido inundando su mente tratando de comprender el cómo Antonio se las había arreglado para tener un tiempo de recuperación tan antinaturalmente corto.

Corrió por media hora hasta llegar de nuevo a su nueva guarida, entró con cautela al edificio y soltó los cadáveres en el lugar designado y finalmente bajó al sótano recién inaugurado por ellos para encontrarse con sus compañeros.

Al entrar, se encontró con Antonio de vuelta en gabardina, con su revólver en su funda, colgándole del cinturón y faltándole solo su sombrero.

—Estoy tan sorprendido por esta mierda como tú, yo quería mis putas vacaciones de tres meses para arreglar mis costillas y mis órganos—habló Antonio por primera desde que lo habían derribado.

Antonio no respondió, principalmente porque no sabía qué decir, o qué pensar, solo sonrió por ver a su compañero caminando de nuevo e incluso encontró una peculiar pizca de alegría al ver que ya podía escuchar sus

insultos innecesarios y que definitivamente no merecía.

—¿Me creerás si te digo que soñé que el loco del hacha te escribía una carta? —preguntó Antonio a su tocayo empapado.

Antonio, para sorpresa de Antonio, sacó de uno de sus bolsillos la pequeña bolsa de plástico—Pues creo que es el único de tus sueños que se hizo realidad—respondió, mientras sacaba el trozo de papel amarillento que estaba doblado hasta alcanzar los límites físicos del papel y en lo que lo desdoblaba cuidadosamente, Antonio y Juan se pusieron a sus espaldas para leer la misiva al mismo tiempo.

La letra estaba escrita con una atención a la caligrafía tan grande que por unos cuantos segundos ambos Antonios pensaron que era un mensaje impreso, un detalle extraño que no los extrañó en absoluto en cuanto leyeron que el remitente era el asesino que había dejado a Antonio convaleciente.

"Mi infinitamente apreciado detective Antonio, me ha llegado una noticia altamente desconcertante en estos últimos días (y claro que, por llegado me refiero más a que el nada apreciado señor Ricardo me lo contó antes de morir). Usted se ha encontrado con una desalmada pandilla de juveniles homicidas a sueldo, como podrá ver ya le he hecho el favor de encargarme de dos de ellos.

Le suplico por favor y lo haría de rodillas incluso si es que estuviéramos frente a frente, que me cuente todo cuanto sabe de estos individuos, pues he dedicado ya bastante tiempo a encontrarlos sin mucho éxito y tengo asuntos que ajustar con todas las almas que pertenecen a esa organización.

Claro está que no espero que haga de esto una obra de caridad, le pido de todo corazón que nombre el precio que tendrá su ayuda en esta pequeña empresa mía, aunque debo decirle que mi cabeza está más allá de lo que estoy dispuesto a pagar hasta haber terminado con lo que empecé.

Mis mejores deseos para usted, detective y espero que logre contactarme.

Yo y mi hacha. :)

P.D: ¿Cómo se encuentra su buen tocayo? De verdad espero no haber terminado con su vida, pues me parece que ambos son un dúo entrañable.

P.D de P.D: Acabo de recordar que no mencioné cómo contactarme o

encontrarme, mil disculpas.

P.D de P.D de P.D: Una vez más no he dicho (¿O más bien escrito?) nada, ofrezco otras mil disculpas. Mi agenda está algo ajetreada, pero dentro de aproximadamente un día después de que incrusté esta carta en aquel desdichado voy a emprender una incursión en la alcaldía, hay unos cuantos servidores públicos que pueden ayudarme también en mi empresa."

—Literalmente firmó como "Yo y mi hacha" —resaltó Juan.

—Supongo que eso significa que podemos asumir que le hará una visita al alcalde, ¿hace cuánto tiempo que no hablamos con él? —preguntó Antonio.

—Ni puta idea, pero será mejor avisarle antes de la visita de nuestro buen amigo el rompe torsos antes de que el desquiciado cabrón se auto invite a su edificio—Respondió Antonio.

—Bueno, ustedes encárguense de eso—dijo Juan—Yo voy a buscar quién demonios son estos tarados encapuchados con garritas, me tienen hartos, ojalá y el loco del hacha los mate a todos para que no tengamos que hacerlo nosotros.

Dicho esto, Juan salió del cuarto sin cerrar la puerta.

—¿Le avisamos al alcalde para que atrinchere su edificio de mierda?

—Preguntó Antonio, preocupado, pues temía encontrarse de nuevo con el asesino así sin más.

—¿Tienes ganas de limpiar trocitos de policías de cada cuarto de la alcaldía? —Respondió Antonio, mirándolo con desdén—Porque yo no, hay que decirle al anciano que se no pise el lugar, que se vaya de paseo junto con todos los empleados para evitar daño colateral.

—¿Y si nuestro amigo leñador no va porque no estará el bastardo al que quiere interrogar?

—Cierto. ¿Recuerdas cuál de ellos era el más corrupto?, ¿El que más chances tiene de tener algún tipo de contacto con estos tontos con garras?

—¿Todo el mierdero gobierno de la ciudad? —respondió Antonio, burlándose de Antonio.

Antonio se detuvo a pensar, pues Antonio tenía un buen punto. Ambos sabían bien que había una amplia gama de trabajadores gubernamentales que seguramente tendrían algo que ver con cualquier criminal de la

ciudad, él sabía que la mejor forma era no avisar a nadie, pero al mismo tiempo no quería limpiar cualquier escena del crimen que el demente del hacha causara.

—Mira, tenemos dos opciones Antonio. Opción número 1: Nos quedamos a vigilar el lugar desde ahora mismo y opción número 2: Nos quedamos a vigilar el lugar empezando ahora mismo.

—No tienes ni idea de lo mucho que te detesto, grandísimo bastardo.
—respondió Antonio, pues bien sabía que eso implicaba que uno de los dos iba a estar dentro del edificio y era el que seguramente se encontraría cara a cara con el asesino, mientras que el otro esperaría afuera del edificio, vigilando cualquier posible entrada. —Me toca afuera, por más que deteste la mierda que es Ringan de noche, detesto más los encuentros cercanos. —dijo Antonio, sin dar otra opción a Antonio.

—Por mi está bien, no quiero que te vuelva a romper el pecho—Respondió Antonio y le dio un puñetazo ahí dónde se le habían roto las costillas y pudo sentir claramente cómo no solo se habían curado, sino que estaban mejor que antes, y un peculiar y muy tenue miedo invadió el corazón de Antonio, pues ni si quiera podía imaginar un escenario en el que alguien tuviera costillas tan fuertes después de haber sido rotas, después de que estas mismas sanaran en días.

Capítulo 8

8.

—Mira Lucas, no sé por qué crees que a Mauricio le va a gustar venir aquí.
—Habló Mario, mientras organizaba las botellas de diferentes licores que tenía su estantería— Además, ¿hace cuánto que no hablas con el pobre bato? —Preguntó, acusante, pues no podía pensar en que alguien perdiera el contacto con su mejor amigo y después tomó una botella de whisky del estante.

—Creo que unos ocho meses—respondió Lucas, avergonzado.

—¡Ocho meses!, eres un descarado—lo acusó de nuevo, señalándolo con el dedo índice—¿No tienes vergüenza?, ¿O un poco de remordimiento?
—continúo, haciendo gestos de enojo, en su rostro se veía una profunda decepción en Lucas. —¿Si quiera tienes una pizca de decencia para rogarle de rodillas que perdone la completa negligencia que has demostrado a esa relación?

Lucas pensó en tratar de detener su discurso dramático, pero sabía bien que Mario es de actuar así y que pronto se detendría solo, aunque una sola pregunta rondaba su mente; ¿Cuándo lo haría?

—Es imposible pensar que alguien así de cruel fuera tan cercano a nuestra dulce Sara. Dime, ¡Oh, gran y cruel Lucas! ¡Habla ahora y confiesa la fuente de tu gran hazaña!

—Le caí bien y me cayó bien—contestó Lucas a secas, completamente harto del pequeño teatro que Mario empezaba a montar de la nada.

—Ni si quiera gusta usted de seguirme el juego, oh, cruel rey de la más cruenta crueldad—respondió Mario, mientras se agachaba debajo de la barra de su pequeño bar, buscando algo entre todo el montón de bebidas de variados grados de alcohol que ahí tenía.

—Rayos Mario, ¿Estás vas a hacer ese cóctel horrible que solo te gusta a ti otra vez? —preguntó Lucas. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había visitado a Mario en su bar, pero tenía un solo recuerdo claro de algo que ocurría cada vez que iba a hacerlo.

Un recuerdo tan claro que parecía que en su mente podía revivir a la perfección cada ocasión en la que Mario bajaba a buscar leche con chocolate en la barra de su bar, solo para mezclarla con whisky.

Y justamente eso era lo que Mario hizo, sacó un cartón de tres litros de leche con chocolate de su marca favorita, dos vasos y puso todo junto a la

botella en la barra. —¿Me creerías si te dijera que hay gente extremada y perturbadoramente extraña en este mundo? —Preguntó a Lucas, mientras servía dos tercios de whisky en un vaso y un tercio en el otro.

—Pero claro, tengo uno en frente de mí, mezclando licor pesado y leche con chocolate. —Respondió, mientras lo miraba con molestia. —Ni si quiera sacaste un vaso para Mauricio y bien que te quejabas de que no pienso en él.

—Claro que pienso en nuestro hermano en armas Mauriliólogos, yo pienso que las bebidas deben disfrutarse en el instante en el que se sirven, si no, el alma del sabor se va y entonces es que no disfrutaras el verdadero placer de esta panacea.

Lucas, mirándolo con ojos muertos y cansados de ver los gestos dramáticos de Mario, mientras este terminaba de servir y mezclar las bebidas, ofreciéndole a Lucas la que tenía menos alcohol. —Adelante, tirano. Prueba y embellece un poco tu ser. —Exclamó, antes de tomarse el vaso entero de un solo trago, soltando un satisfecho y largo "Ah" tras el acto.

—El chocowhisky es la prueba irrefutable de que no solo existe un dios todopoderoso manipulando todo cuanto vemos, mi malévolo hermano, sino que también nos quiere. Hasta cierto grado.

—Mario, en serio, ¿Por qué siempre hablas así? —preguntó Lucas, con el vaso en mano mientras miraba el líquido marrón.

<<Nunca cambia, siempre es así, siempre habla y actúa así y sinceramente no lo entiendo. ¿Por qué?>> pensó y miró a los ojos a Mario, esperando una respuesta.

Mario, se sirvió otro vaso, ahora con un medio de whisky, sin dejar de ver a Lucas directo a los ojos. Lucas sintió por unos breves minutos, que Mario lo estaba mirando directamente al alma.

—Audaz pregunta de tu parte, Lucas—respondió y bebió su segundo vaso, de un solo trago de nuevo. —Permíteme responderte, después de otro vaso—dijo y empezó a servir otro medio de whisky. —Verás apreciable y terrible Lucas, hago esto porque quiero.

—¿Solo porque quieres? ¿No hay más?, pensé que sería algo más complejo—habló Lucas, ligeramente decepcionado, pues por años había albergado unas pocas teorías detrás del comportamiento de Mario.

—¿Qué más debe haber detrás de lo que haces, Lucas? —preguntó ahora Mario—¿No es eso por lo que uno vive esta cruenta y vil tormenta llamada

vida?

—¿Comiste algo antes de empezar a beber? —respondió Lucas y tomó un pequeño sorbo de su vaso, la dulzura del chocolate, mezclada con el golpe que portaba el licor era una experiencia peculiar que ya había experimentado antes. No le desagradaba el sabor, pero tampoco le gustaba la idea de tomarse un vaso de un trago varias veces como Mario hacía.

—Mi respuesta a ese enunciado es negativa—habló Mario. —Verás Lucas, hablar así, pensar y actuar así me agrada, quizá incluso me hace feliz. No estoy seguro, pero simplemente es así. Y yo pienso que así es como debe vivirse, haciendo lo que uno más anhela.

—¿Lo que tú más anhelas es embriagarte con chocowhisky y hablar como si fueras un actor de teatro? —preguntó Lucas de nuevo, antes de tomar otro sorbo ligeramente mayor al anterior. El sabor de la bebida empezaba a agradarle.

—No es exactamente mi mayor anhelo—respondió y se acabó su tercer vaso de un solo trago otra vez—Simplemente es algo que disfruto hacer, y con eso me basta y me sobra para hacerlo. Al menos no soy como el animal de Ricardo, que fue y decidió ser un ojete y convertirse en un narcotraficante.

—Escuché en las noticias que Ricky murió. —Habló Mauricio, entrando en la conversación.

—¡Maaaaaaaaaaaaaaaaauriiicio!
—exclamó Mario, con dicha, notable alegría y más que notable ebriedad. Después, se sirvió otro vaso.

—Hey Mau. —dijo Lucas, sin más y sin voltearlo a ver. Se sentía nervioso, pues había pasado las palabras de Mario, a pesar de que siempre las consideraba como exageraciones, le habían hecho pensar demasiado en que de verdad había sido negligente con su mejor amigo.

<<Bueno, ¿Qué más da? Que pase todo el tiempo que pueda pasar, él siempre será mi hermano de otra madre>> pensó mientras se armaba de valor para voltear a verlo.

Al hacerlo se encontró con un Mauricio más alto de lo que recordaba, vistiendo una cazadora de cuero que no recordaba que tuviera.

—Ha pasado un rato, Lucas—respondió, y tomó asiento a un lado de Lucas. También tomó inmediatamente el vaso de chocowhisky que Mario

le sirvió sin que Lucas se diera cuenta.

—¿Ricky murió? —preguntó, pues habían pasado años desde la última vez que Lucas si quiera había pensado en él. De un instante a otro, sintió que un poco del calor del ambiente en el bar se había ido.

<<¿Cuántos más ya se fueron? ¿Por qué ni si quiera me enteré?>> pensó y sintió una inmensa culpa por haberse desconectado tanto de su amigo, aunque quizá conocido era un mejor término para definir su relación con él.

Mauricio inmediatamente vio la tristeza en el rostro de Lucas y a pesar de ella, sonrió al darse cuenta de que su amigo había cambiado poco en los últimos meses.

—No te preocupes Lucas, Ricky era un narcotraficante de los serios en la ciudad, el Ricky que conocimos en la secundaria murió hace años.
—Habló, tratando de calmar a Lucas.

Pero este no se calmó, no podía evitar lamentarse por el destino de Ricky. <<¿Por qué terminó así? ¿Acaso era eso lo que él quería hacer con su vida?>> siguió divagando.

—Un degenerado encontró un final digno para un degenerado—contestó Mario, con un tono de voz que delataba que se encontraba cada vez más ebrio.

—¿Ya lo sabías? —preguntó Mauricio, pues estaba de acuerdo con lo que Mario había dicho. Ambos consideraban que la violenta muerte de Ricky era digna de alguien tan deplorable como él.

—Zhip—le respondió, en un intento de decir “sí”.

—Pues yo no—añadió Lucas—¿Cómo pasó?

—Pues resulta que el asesino del hacha le hizo una visita, dicen que lo torturó hasta la muerte y que al final usó su hacha para reducir el cadáver a picadillo humano, tuvieron que usar la sangre de las paredes para identificar que, en efecto, ese revoltijo era Ricky.

—Demonios.

Lucas estaba sorprendido, pues había escuchado del asesino, más no tanto de detalles tan gráficos de sus crímenes.

—¿Por qué creen que haga esas cosas? —preguntó—¿Le gustará hacer

sufrir a otros?, ¿Acaso es feliz haciendo esto?

—Si lo está haciendo, debe ser que sí—respondió Mario. Lucas lo vio servirse otro vaso y a estas alturas ni él ni Mario llevaban la cuenta, solo podía medir cuánto había tomado en función de qué tan vacía estaba la botella de whisky.

—No lo sé, quizá tiene otro motivo, o quizá es un vigilante como esos detectives que llevan cañones de mano en forma de revólveres y matan criminales a diario. También escuché que hasta ahora todas sus víctimas estaban enlazados al mundo criminal de Ringan. —añadió Mauricio, tratando de darle un motivo a las acciones del asesino.

—No sé en qué momento empezamos a pensar en los pensamientos de un asesino serial. —Dijo Lucas.

—Fue hace unos cinco o diez minutos cuando usted, mi apreciable Lucas, preguntó por el motivo de los crímenes de ese peculiar individuo. —Añadió Mario, y sacó otra botella de Whisky—No sé si son mis delirios de ebrio usuales, pero veo en tus ojos que algo te empuja a hacer preguntas existenciales, Lucas. ¿Estás bien amigo mío?

—Hace unos días—comenzó Lucas, mientras se preguntaba a sí mismo si en verdad había bastado un solo vaso de chocowhisky para que se sintiera cómodo para hablar—fui con Alicia a comer crepas.

—Hey, hace mucho que no veo a Alicia, ¿cómo le va? —preguntó Mauricio, prestando gran atención a Lucas, pues estaba completamente intrigado con averiguar lo que sea que le pasara a su amigo.

—Está bien, es Alicia. No hay forma de que le vaya mal. —respondió Lucas, mirando al techo y pensando brevemente en ella. —Hablamos de unas cuantas cosas en mi trabajo.

—¿Sigues en ese basurero de comida rápida? Bien sabes que siempre puedes venir al bar a trabajar conmigo. —contestó Mario, ahora usando un tarro de cerveza, se servía más chocowhisky.

—Lo sé, lo sé, solo que siento que mi jefe necesita algo de ayuda ahí. El viejo ya ni si quiera puede ir al lugar, sin mí y los otros sujetos que me ayudan ese sitio se caerá a pedazos.

—Lucas, ya nadie va a comer ahí. —añadió Mauricio.

—Eso también lo sé. Pero me recuerda a la prepa, ahí conocí a Sara y de ahí los conocí a ustedes, se siente raro ver como un sitio especial se desmorona y no hacer nada al respecto. Por eso quiero seguir ahí, además

de que al viejo no le molesta que salga cuando quiera.

—¡Oh! Pero que noble encomienda, maculada por ese último segmento de la oración. Está bien, si es así cómo quieres actuar mi señor Lucas, ¡que así sea! —gritó Mario y procedió a tomarse el tarro entero que se había servido sin detenerse.

—Mario, en serio, ya basta. Llevas como tres litros de leche, vas a dormir en el baño. —replicó Lucas—Bueno el punto es que hablando con Alicia me di cuenta de que en realidad no sé qué hacer de mi vida. Nunca lo había pensado en serio y ahora me siento... No lo sé, ¿extraño?, ¿perdido?

—Oh ya, una crisis existencial. Las tengo todo el tiempo. —respondió Mauricio—Mira lo único que puedo decirte es que no pienses demasiado en ello. No hay un propósito o algo filosófico extraño que tengamos que alcanzar.

—¡Mauricio habla con la verdad, Lucas! —gritó Mario de nuevo—Solo haz lo que te plazca, ¡no hay más! —Dicho esto, Mario intentó volver a llenar el tarro sin éxito, pues entre Mauricio y Lucas se lo arrebataron junto con el licor y la leche.

—Con un demonio Mario, ¡BASTA!

—Es en serio, ya llevas dos botellas tú solo.

—¡Alta trassión! —Gritó el tabernero subyugado.

—¡Es por tu bien! —Respondió Mauricio, que ahora tenía a un Mario alterado y pataleando en el suelo. —¡Por esto nunca bebo contigo!

—Dale unos minutos, se tomó unas tres botellas pronto se va a dormir.

—¡DASSTAAAA! —gritó Mario, e intentó quitarse a Mauricio de encima y de no haber estado ebrio, posiblemente lo habría logrado sin problemas.

—Va a hacer falta ponerlo de lado para que no se ahogue con su propio vómito. Lucas, ¿dónde duerme este tonto?

—La última vez que vine subió las escaleras y no bajó hasta el día siguiente. Pero eso fue hace meses.

—Pues arriba vamos cuando Mario se relaje.

Y así esperaron por aproximadamente una hora a que Mario dejara de patalear y resistirse a que sus amigos le impusieran un límite a la cantidad de chocowhisky que podía ingerir. Entonces cayó dormido. Mauricio tomó sus manos y Lucas sus pies y así lo levantaron como si fuera un costal,

llevándolo con cuidado entre las varias sillas y mesas que había en el bar, hasta alcanzar las escaleras.

Ahí se tardaron media hora en descansar, pues Mario era mucho más pesado de lo que aparentaba a simple vista y debían averiguar cómo iban a hacerle para subir las escaleras cargándolo.

—Bueno, al menos está callado. —Habló Mauricio, en un intento de ser optimista

—Si, pero ni si quiera sabemos qué hay allá arriba. —Añadió Lucas y se preparó para volver a la ardua tarea de cargar a Mario al piso de arriba. Con gran esfuerzo y una mayor cantidad de quejas por parte de ambos, lograron subir un número de escaleras que solo por el hecho de cargar con Mario les pareció excesivo.

En el piso de arriba se encontraron solo con un pasillo que llevaba directamente a una puerta sencilla de madera.

—Supongo que ese es su cuarto. —Habló Mauricio con gran esfuerzo.

—Ni idea, la vez pasada subió él solo.

Callaron y se apresuraron a entrar a la habitación. Recorriendo el pasillo, ya cansados y lentamente alcanzaron la puerta.

Finalmente, abrieron la puerta.

Se encontraron con una habitación tapizada de blanco, con incontables motas de colores por todos lados, sin ningún tipo de patrón u orden discernible. Los muebles, las sábanas, las cortinas de la única ventana, las almohadas, incluso el soporte de la cama tenía la misma decoración.

Y en un escritorio moteado, se encontraba un hacha junto a un torso de maniquí.

Ambos soltaron repentinamente a Mario, quién cayó al suelo como un ladrillo pero ni si quiera se inmutó.

—Putra madre Mario—susurró Lucas, aterrado por la idea de haber estado pasando el rato con un asesino serial. Pensando rápidamente en todo lo que Mario había dicho en la noche—¿Entonces toma como un salvaje por la culpa? Demonios, nunca pensé que el asesino estuviera tan cerca, ¿ahora somos cómplices? ¡Rápido Mauricio! Debemos llamar a la policía y así quizá y esos detectives no lo destacen a tiros.

—Tranquilo Lucas. Estás pensando demasiado. —Respondió Mauricio,

anormalmente tranquilo.

—¿Cómo quieres que esté tranquilo? Es más, ¿por qué estás tan tranquilo?

—El asesino no usa un hacha así. Mario tiene una que es casi de una novela de fantasía, tiene dos cabezas, toda está hecha de metal, tiene grabado en cada parte. El asesino usa un hacha de leñador regular. Además, Mario es alto, pero el asesino es casi un gigante, le saca unos treinta centímetros.

Lucas no hizo más que mirarlo, con una mezcla entre incredulidad y molestia. —Ah claro, el señor “Soy el novio de una policía” sabe todo de un asesino en serie.

—Mira, que yo si investigue en lugar de trabajar en un puesto de hamburguesas en ruinas glorificado, no es mi problema. Debería de asustarte más que Mario tenga este gusto tan malo para decoración de interiores.

—Bueno ya que me confirmaste que Mario no iba a hacernos picadillo, ahora solo hay que arrojarlo en su cama e irnos de aquí porque no sé cómo funcionan los pensamientos de Mario y mucho menos me interesa averiguar por qué tiene el equivalente a una bolsa de confeti como su decoración favorita.

Mauricio asintió, pues a pesar de su intenso gusto por el saber, tampoco quería saber el por qué detrás de esa habitación. Ambos metieron a Mario en la cama, lo recostaron de lado y posteriormente buscaron por todo el bar y la casa hasta encontrar una cubeta para dejarla a un lado de la cama.

Finalmente, salieron y cerraron la puerta con las llaves que el mismo Mario les había dado.

—Bueno Lucas, fue divertido encontrar esa faceta extraña de Mario contigo, aunque también fue agradable verte después de tanto tiempo.

Lucas sonrió. <<¿Estaría bien pedirle perdón por no hablarle por ocho meses? Porque creo que sería algo muy extraño>> pensó, y optó por no decir nada.

—Tengo que irme ya—continuó Mauricio—te veo luego.

—Adiós, Mau. ¡Te invitaré a la próxima cosa que se me ocurra hacer!
—respondió Lucas, con entusiasmo, Mauricio sonrió también y después se

fue.

Y así ambos partieron en direcciones directamente opuestas. Lucas estaba listo para una noche normal y caminaba al metro cuando su celular empezó a sonar.

La pantalla y el tono personalizado le avisaron que era una llamada de Sara.

<<Extraño, odia las llamadas y estar despierta más allá de las doce de la noche.>> Pensó y respondió la llamada, poniéndose el celular en el oído.

—¿Lucas? ¿Puedes venir? —La voz de Sara surgió del aparato, un poco alterada.

—Ah, claro. ¿Pasa algo? No sueñas muy bien.

—Hay ratas en la casa, pero no actúan como ratas.

<<Mierda, de verdad odia a las ratas,>>

—Está bien, voy, aléjate de las ratas. Llegaré y las voy a echar de la casa.

—habló, sin pensar demasiado en qué era lo que Sara quería decir con que las ratas no se comportaban como ratas.

—Ya lo estoy haciendo.

—Llego en media hora.

—Va.

Sara colgó y Lucas corrió al metro, rogando porque a esa hora los trenes no se tardaran demasiado.

Capítulo 9

9.

Antonio miró su muñeca, encontrándose con su reloj. Eran las diez de la noche en punto y ya había pasado dieciocho horas vigilando la alcaldía desde el techo de un edificio algo alejado.

Empezó a hacer su rondín, saltando de techo en techo de los edificios que rodeaban a la alcaldía. Revisaba cualquier posible entrada al edificio, sin ver más que a uno que otro trabajador salir del mismo después de que acabara su turno.

—Diez y cuarto, todo limpio. ¿Cómo va todo adentro, culo? —preguntó al radio que usaba para comunicarse con Antonio.

—Diez y dieciséis, todo limpio. Vete al diablo. —La voz ligeramente distorsionada de Antonio le respondió.

Dentro del edificio, Antonio vagaba por los pasillos, con la mano derecha del alcalde siguiendo cada paso que daba y sin alejar su propia mano de su revolver. Pensando seriamente en si fue buena idea haber traído también una pistola semiautomática, como le había recomendado el asesino.

—Señor Antonio, debo preguntarle de nuevo, ¿qué está haciendo aquí? El alcalde no se siente cómodo con usted en el edificio. —Habló Iván, el pobre diablo que se había hecho un increíble amigo del alcalde y que ahora tenía la encomienda de vigilar al detective.

—Alguien me citó aquí. —respondió Antonio a secas, mientras esperaba que en cualquier momento el asesino entrara por la ventana.

—Seguramente no fue alguien de la alcaldía, es muy malo para nuestra imagen que los vean a usted o a sus otros tres compañeros aquí.

—Ya solo son dos. —Habló Antonio, ligeramente desanimado por la memoria de Antonio.

—Oh, mis condolencias. No sabía que habían perdido a un miembro del equipo.

—Gracias, aunque no fue nada dramático, Antonio solo se fue por su cuenta.

—Espera, ¿eran tres Antonios? —preguntó Iván.

—Si, éramos yo, Antonio y Antonio. Pero Antonio se cansó de todo el asunto de ser no-héroes. Verás, él quería ser actor—habló y volteó a ver a Iván, ahora un poco animado por recordar a su viejo amigo— y al menos yo creo que le debe estar yendo bien, el maldito era un dramático de lo peor y...

—Antonio, vete a la mierda de aquí en este instante. —espetó una voz ronca y vieja desde el otro lado del pasillo. Era el alcalde, había tenido suficiente de tener a Antonio vagando por su edificio todo el día y ahora estaba dispuesto a correrlo de ahí con sus propias manos.

—Lars Nosequé, siempre es un placer verlo, tanto que me gustaría estar ciego para no experimentar tanta dicha cada que tengo que venir aquí.
—respondió Antonio, mirándolo con desdén.

—Largo de aquí o les reduciré los fondos otra vez. —Amenazó Lars.

—Oh, ¿Vas a restarle a cero?, ¿Ahora tendremos que pagarte a ti por limpiar Ringan?

—Ustedes, pandilla de salvajes matan tanto o más que los criminales que atrapan —respondió, haciendo un énfasis sarcástico en "atrapan". —Si es que atraparlos en ataúdes cuenta como atraparlos para ustedes.

—Mira, vejete de mierda, sé que prefieres que los salvajes narcotraficantes o las pandillas de secuestradores sodomícen a Ringan y te paguen por el derecho de hacerlo, pero eso no es excusa para quejarte de que hagamos tu puto trabajo por ti. —Antonio ya estaba gritando.

—Suficiente, ipinche asesino! —respondió Lars enfurecido mientras sacaba un radio de su bolsillo. —¡Quiero a las fuerzas especiales de la policía aquí!

—Oh, quieres entretenerme por unos diez minutos, ¿no?, ¿vas a traer a los mismos cinco tarados que comparten un rifle? Recuerdo cuando encontramos todo el dinero que desvías de esos infelices. —Antonio ya estaba a nada de desenfundar y dar el paso que había querido dar desde hace años. Matar a Lars.

—¡Antonio! ¡Grandísimo pendejo! —El regaño de Antonio salió del radio y se escuchó en todo el pasillo. —No viniste a matar al pelmazo de Lars.

—¡Hey! Dile a tu puto novio que después de matarte a golpes voy a ir por él. —Amenazó Lars de nuevo.

—¿Sabes qué?, olvídalo, ya pégale un tiro al puto cerdo arrugado.
—respondió Antonio a través del radio.

Fue entonces cuando Antonio soltó el revólver, pues notó que consideró que la idea de Antonio era muy buena y eso era una señal clara de que, estadísticamente hablando, era una mala idea.

—Váyase a la mierda, Lars—respondió Antonio. —La demencia senil y las drogas duras que se mete le están nublando la razón.

Lars tomó una vez más su radio y empezó a gritarle. —¡Putra madre!, ¿dónde están las fuerzas especiales?, ¡quiero a este animal fuera de mí Ringan ya!

Pero en el radio de Lars solo había silencio.

—¿Hola? —preguntó el anciano en el radio—¿Por qué mierda nadie contesta?

—¿Dónde esperan tus ordenes esos idiotas, Lars? —Preguntó Antonio, dejando de lado el enojo por Lars por unos momentos de lucidez debido a la situación.

—En el sótano. —Respondió Lars, reconociendo que quizá Antonio tenía una idea de qué estaba pasando.

—¿Cuál sótano? —preguntó Iván, quién no conocía todas las construcciones que Lars había llevado a cabo.

<<M-I-E-R-D-A>>Pensó, pues no había forma de que Antonio hubiera podido revisar la entrada al sótano clandestino que tenía la alcaldía.

Las luces empezaron a fallar y la alcaldía se sumió en la oscuridad. Ningún problema para Antonio, pero aterrador para Lars e Iván por todas las implicaciones de que fallara la electricidad de la alcaldía.

—¡No puede ser!, ¿qué carajos les pasó a las luces? —preguntó Lars.

—Bueno mi detestable anciano, creo que ya llegó mi cita. —respondió Antonio y desenfundó.

—Antonio, malas noticias. —Se escuchó la voz distorsionada de Antonio.

—Si, la luz murió, seguro que ya está aquí.

—No solo eso, los sujetos de las garras están escalando la alcaldía.

<<¿Qué?>> se preguntó a sí mismo. Y miró como una figura cubierta de tela negra estaba mirándolos desde la ventana.

Apuntó en una fracción de segundo y disparó en menos tiempo de lo que le tomaba parpadear y el cráneo del encapuchado explotó junto con la ventana.

—Lars, le recomiendo que vaya al cuarto de pánico que construyó con impuestos robados.

—Vete a la mierda—respondió Lars, mientras se iba al cuarto de pánico que construyó con impuestos robados, con Iván guiándolo en la obscuridad.

<<¿Qué carajos hacen estos idiotas aquí?>> se preguntó Antonio. Mientras veía a otra figura encapuchada salir del lado del pasillo por el que se habían ido Lars e Iván.

—Mira, lamento haber disparado primero y ni si quiera haber preguntado, pero ya van dos veces que intentan asesinarme. —Habló esperando una charla que nunca iba a llegar.

El encapuchado corrió hacia él, blandiendo garras de medio metro en ambas manos y recibiendo cinco tiros en el pecho.

Y ahí donde habían acertado los disparos, Antonio esperaba ver agujeros lo suficientemente grandes como para que el cuerpo del encapuchado quedara partido en dos. En su lugar solo vio al encapuchado casi caer de espaldas por el retroceso y después de espabilar, seguir corriendo hacia él.

<<Oh no>> Alcanzó a pensar, antes de que se abalanzaran sobre él.

Tres veces se detonó el revólver de Antonio, desde fuera del edificio y dos veces alcanzó al atacante de Antonio en el costado, atravesando un punto mucho más blando del blindaje que llevaba, convirtiendo en licuado a sus intestinos.

—¿Estás bien, idiota? —habló Antonio a través del radio.

—Si, gracias. ¿Ves más afuera?

—No, porque ya entraron todos. Al menos unos treinta entraron por ventanas y puertas.

<<Oh genial>>

—Llena de plomo a cualquier tarado que alcances a ver y que no sea yo—Ordenó Antonio a Antonio.

Antonio le respondió con un insulto que no escuchó, pues había ahora otros tres encapuchados al final del pasillo que acapararon su atención.

—¿Debo asumir que también son tanques humanos? —preguntó y no recibió más respuesta que las tres figuras corriendo hacia él.

Disparó, vaciando el tambor del revólver, los seis disparos acertaron. Uno en cada pecho, uno en la cabeza del primer encapuchado que lideraba la carga y murió al recibirlo, otro en la pierna del segundo encapuchado, que cayó al piso por el golpe y la última en la mano del último en pie, justo en las garras, convirtiendo tanto las armas como la mano que las portaban en una pequeña nube roja.

Aún con heridas, este último siguió y se encontró con la pistola que Antonio había llevado esa noche escupiéndole plomo en el rostro doce veces.

Al último que recién se había levantado del suelo, le tocaron algunas de las balas que habían matado a su compañero y finalmente la misma pistola que Antonio cargaba y que le había arrojado. Volvió a caer al suelo y antes de que pudiera levantarse, Antonio ya estaba encima de él, sometiéndolo y poniendo el cañón de su revólver directo en donde asumió que estaba su ojo derecho, pues había un montón más de tela negra cubriendo su rostro.

—Última oportunidad, muchachón—habló con calma. —¿Ahora por qué quieren matarme?, ¿Qué ganan de ello?, ¿Quién mierda son?, ¿Para qué los quiere el loco del hacha?

—Ni si quiera sé quién eres, teníamos que matar a todos aquí y...

Un disparo silenció al hombre e hizo que su oído derecho sangrara, además de hacerle experimentar dolor en su oído como nunca había pensado posible.

—¡Deja de mentir y habla! —Gritó Antonio.

El hombre solo se limitó a sacudir la cabeza, tratando de decir que no usando solo ese gesto.

Así solo se ganó un golpe en la cabeza con el revólver de Antonio que lo dejó inconsciente.

<<Espero no haberlo matado.>> Pensó y se fue, dejando atrás al

encapuchado sin más.

—Antonio, quiero noticias del edificio. —Habló al radio y recogió la pistola que había usado de proyectil.

—Hay alguien a punto de pasar por la entrada principal. —Respondió Antonio—iy mira!, trae una boina, una gabardina y lo que estoy bastante seguro que es un hacha. ¿Le disparo?

—Déjame hablar con él, si se pone difícil entonces los dos le disparamos. —contestó Antonio, guardó el radio y se dirigió a unas de las escaleras de la alcaldía.

—Entendido. —escupió el radio.

Antonio bajó a toda velocidad por las escaleras. << ¿Entonces él no cortó la electricidad? Diría que hay algo aquí que no cuadra, pero en realidad nada lo hace cuando tengo que lidiar con ese loco>> Pensó, mientras seguía bajando y recargaba ambas armas.

Le tomó pocos minutos llegar a la planta baja y solo una puerta lo separaba de la estancia de la alcaldía, el lugar a dónde se entraba por la entrada principal. Le latía rápido el corazón, con una pequeña pizca de miedo acechándolo, pues no tenía idea de cómo lidiar con el asesino.

Tenía la perilla de la puerta en la mano cuando empezó a escuchar gritos del otro lado, eran insultos, lamentos, alaridos de horror. También escuchó el sombrío sonido del hacha del asesino estampándose brutalmente.

Soltó la perilla, empuñó ambas armas de fuego y tiró la puerta de una patada, añadiendo un poco más de ruido al montón.

Se encontró con un espectáculo macabro, cadáveres o trozos de cadáveres desperdigados por doquiera, encima de los asientos que había, de los escritorios de los recepcionistas e incluso había un pedazo de lo que Antonio creyó era un brazo encima de una pintura en la pared.

Las ventanas estaban salpicadas de sangre y uno que otro trozo de cuerpo, al igual que todo el piso de la estancia. <<Espero Antonio pueda disparar con las ventanas sucias.>>

Y en el centro de todo, estaba él. Sostenía por el cuello a uno de los encapuchados usando solo una mano. Su víctima ya no tenía las garras y estaba intentando todo lo que sabía para librarse de él.

En la otra mano tenía el hacha, cubierta por completo del mismo rojo que

cubría todo el lugar.

—¡Detective! —Exclamó alegre y en un solo movimiento de su pulgar le rompió el cuello al encapuchado y este cayó muerto. —Discúlpeme, deme un par de minutos más y ya hablaremos. ¿De casualidad sabe dónde encuentro al ayudante del alcalde, Iván?

—¡Perro bastardo sin alma! —Gritó Antonio, enfurecido—¿¡TIENES IDEA DE CÓMO VA A SER LIMPIAR ESTO!?

El asesino iba a responder con una disculpa, pero otros tres encapuchados lo atacaron sin éxito, pues mató a dos con un solo hachazo, atravesando al primero con tanta fuerza que la cabeza del hacha alcanzó a atravesar al segundo y al último lo golpeó con los cadáveres de los otros dos, exactamente como había hecho con Antonio.

—Perdone el atrevimiento Antonio, pero ¿de verdad son ustedes los que limpian las escenas del crimen? —preguntó atónito y se arrojó hacia otro encapuchado que trataba de escabullirse, moliéndolo a hachazos.

—¡Sí! ¡Y sigues haciendo peor esta limpieza, puta madre! —respondió mientras lo seguía con cuidado, sin dejar de apuntarle. —¿Qué mierda viniste a buscar aquí?

—Vera, Antonio—contestó y procedió a abrirle la cabeza a otro encapuchado que intentó atacarlo—hace algunos ayeres yo no trabajaba en solitario como lo hago ahora.

Otro encapuchado intentó apuñalar a Antonio y se ganó dos armas diferentes disparándole en todo el cuerpo hasta perecer.

—Para no ponernos a hablar demasiado Antonio, hace mucho trabajaba junto al amor de mi vida, la ama y señora de mi corazón y mi alma. —El asesino había hablado con melancolía sin dejar de concentrarse un solo instante. —La dama de mi vida desapareció hace tanto tiempo que se siente que incluso fue hace otra vida la última vez que la vi.

<<Casi suenas humano y creo que así me das más miedo>> pensó, mientras sentía un escalofrío al ver al ser que había deshumanizado por tanto mostrando emociones.

Mató a otro encapuchado, casi partiéndolo en dos de un solo hachazo, ahora sus movimientos parecían carecer un poco de la brutalidad que Antonio había visto en sus movimientos desde la primera vez que lo encaró.

—Y estos...—Paró unos segundos para señalar a los cadáveres con su hacha—Estos niños que estamos masacrando, son los pupilos de sus

pupilos y en algún lugar de Ringan, están aquellos que los comandan, y seguramente encontraré una pista de qué le pasó. Antonio, ¿qué me pediría a cambio de su ayuda? —habló y lo miró.

Incluso con la máscara puesta, Antonio sabía bien que lo miraba directo a los ojos y aunque nunca dudó de la posibilidad de que mintiera, optó por creerle.

<<Menos mal que el radio está apagado>>

—Muerte o prisión, tú eliges. —respondió, escondiendo lo mejor que pudo lo realmente intimidado que estaba con la facilidad con la que el asesino mataba.

—Mi único deseo es saber la verdad, detective. Y en cuanto lo haga no habrá nada más para mí. Entonces y solo entonces usted podrá decidir lo que será de mí.

Antonio no había dejado de apuntarle más que para matar a un encapuchado, y aún así sabía que el asesino no tenía que hacer más que desear matarlo para que su vida se hubiera extinguido en la alcaldía.

Sirenas de la policía podían escucharse ahora en la distancia, Lars había llamado a todo oficial de la ciudad, además de uno que otro matón prestado de alguno de sus amigos y habían acudido al llamado, pronto iban a rodear por completo el edificio.

—Bien, entonces vámonos. —espetó Antonio, mirándolo con desdén.

—Aún no. Hay alguien más aquí detective. Vine a interrogar a Iván, no me iré sin haberlo hecho.

—Ese niño no va a saber absolutamente nada. Vámonos ya o nuestra colaboración morirá mucho antes de haber empezado.

El asesino había estado a punto de replicarle a Antonio, pero un ruido pesado y acelerado venía de las escaleras principales, llamando la atención de ambos. Alguien o algo pesado estaba bajando por ellas.

No tardó en aparecer la obesa imagen de Lars, bajando a toda velocidad. La obscuridad lo escondía bien, pero para Antonio y para el asesino era como si estuvieran a plena luz del día y podían ver claramente como Lars también estaba cubierto de sangre y completamente aterrorizado. Bajaba rápidamente las escaleras evitando caerse a cada paso por puro milagro.

Y detrás de él se erguía una figura cubierta de negro, y con largas garras de medio metro en cada mano, además de la cabeza cercenada de Iván

en su mano izquierda.

—Joder, ¿hacía falta que mataras a ese chico? —preguntó Antonio mientras procedía a apuntarle al nuevo integrante de esta extraña situación.

No hubo respuesta, había un silencio sepulcral dentro de la alcaldía, interrumpido por el cada vez más intenso ruido de sirenas y vehículos acelerándose a llegar, además de varias detonaciones del revólver de Antonio en el techo de los edificios aledaños.

—Detective, creo que nuestro acuerdo terminó. —el asesino acabó con el silencio.

—¿Qué?

—No se preocupe, no pienso matarlo. Pero me temo que ya he encontrado a mi señora. —continuó y se acercó de brazos abiertos a la persona en las escaleras—¡Oh, cuanto te he extrañado!

Antonio vio inmediatamente las intenciones de aquella persona y casi intentó advertir al asesino, pero se le adelantaron. Sin decir palabra alguna arrojó la cabeza de Iván al asesino, quien ni si quiera intentó esquivar o evitar el golpe, recibiendo el impacto en el pecho sin si quiera inmutarse. Después, alzó una mano apuntando las garras hacia el asesino y sin hacer un solo movimiento, las cinco garras salieron disparadas hacia el pecho de aquel hombre.

—¡Oh, mi dulce amor! Aún conservas ese regalo mío—exclamó el asesino con tanta dicha que era difícil para Antonio no imaginarlo sonriendo, aún con cinco navajas metálicas incrustadas en su pecho. —Pero ¿Por qué tan distante de mí? —preguntó y empezó a caminar hacia la persona de las escaleras, quitándose las cuchillas una a una, mostrando como no había ni una gota de sangre en ellas.

<< ¿Cómo diablos es eso posible?>> Se preguntó Antonio, e incluso dejó de apuntarles para concentrarse en imaginar cómo es que eso era posible.

Por unos segundos, el asesino caminó hacia quién quiera que fuera la persona en las escaleras, sin dudar por un solo segundo que se tratara de quien estaba buscando.

Pero la persona no solo no dijo nada, se quedó estática, quizá haciéndose las mismas preguntas que Antonio se estaba haciendo sobre la anatomía del asesino y este mismo no hizo más que abrazarla.

La sostuvo en sus brazos con amor y extremo cuidado, bajándola de las escaleras y girando en lo que para Antonio era un extraordinariamente raro vals en el que el asesino era el único que se movía y su pareja estaba tan quieta como si fuese una tabla.

—No tienes idea de cuánto te busqué mi dulce, dulce amor. —Habló con una voz tan tranquila y gentil que volvió a perturbar a Antonio, pues era totalmente diferente a cómo su voz había sido antes. —Ahora que te tengo en mis brazos de nuevo, puedo sentir como la tempestad en mi mente se calma, en mi corazón puedo sentir como ya no me hace falta nada más en este mundo.

El asesino acercó su mano al rostro de su pareja y estaba a punto de continuar con palabrerías emocionales cuando un agudo dolor apareció en su torso. Lo habían apuñalado y en esta ocasión, si había sangre brotando de su cuerpo.

—Tú no eres ella.

La voz del asesino había abandonado su reencontrada gentileza y lejos de volver a cómo era antes, se veía inundada por furia. Arrancó sin esfuerzo todo lo que cubría el rostro de la persona que había tenido en brazos y que seguía apuñalándolo una y otra vez con desesperación para encontrarse cara a máscara con una mujer que nunca antes había visto.

—¡TÚ NO ERES ELLA! —Gritó y su voz hizo temblar a varios muebles, además de lograr que Antonio volviera a apuntar.

—¡Ella sabría dónde cortar para matarme!, ¡Qué tanta fuerza usar para lograrlo!, ¡Lo habría hecho sin que si quiera lo hubiera notado! —continuó el asesino y le dio un golpe en el rostro que, a parte de deformarlo grotescamente, parecía haberle roto hasta el cráneo.

Varias luces iluminaron la alcaldía, deslumbrando brevemente a Antonio, la policía e incluso unos cuantos militares habían llegado. El asesino estaba azotando el cadáver de la mujer contra el piso, sujetándola de los pies, una y otra vez.

—¡FUERA DE LA ALCALDÍA MONTÓN DE SALVAJES! —La voz de algún sargento o capitán que Antonio casi reconoció salió de un altavoz, resonando en toda la calle y la alcaldía.

—Pendejo, ¿qué mierda está pasando ahí? —preguntó Antonio, a través del radio.

—Una impostora ha muerto—susurró con brío el asesino.

Varios disparos rozaron la cara de Antonio, otros cuantos se incrustaron en su gabardina sin hacerle daño y muchos más en el asesino con resultados igual de irrelevantes.

—Vamos a ayudar al loco del hacha—respondió Antonio al radio.

—¿Loco del hacha? —preguntó el asesino loco del hacha.

—¿Eres imbécil? —preguntó también Antonio a través del radio.

—Sí—respondió Antonio mientras miraba al asesino— y quizás—respondió al radio—ya habrá tiempo para explicaciones, pero primero nos vamos de aquí.

—Sigo bastante enojado detective, podría sin problemas abrirme paso a través de nuestros nuevos atacantes—habló el asesino, mientras recogía su hacha y seguía recibiendo disparos que no hacían más que empujarlo un poco con la inercia.

—No, nos vamos por el sótano, ya mataste suficientes por hoy y nuestro acuerdo sigue solo porque ellos nos atacaron primero y a los dos—respondió Antonio ya a cubierto detrás de un pilar—Antonio, regresa a casa y dile a Juan que prepare todo lo que sabe de nuestros amigos con garras, vamos a comprar paz a cambio de información y bastante violencia.

—Pinche estúpido—respondió Antonio—No sé qué mierda te pasó, nunca habrías aceptado un puto trato con un criminal, te veo acá solo para romperte esa estúpida cara a golpes y también a tu nuevo amigo.

El radio se silenció en cuanto Antonio terminó de insultar a Antonio. Antonio entonces prosiguió a huir, seguido del asesino al que había estado cazando, ahora acompañándolo. Y mientras bajaban las escaleras oscurecidas y veían los muertos que los encapuchados con garras habían dejado en su sabotaje, Antonio no podía evitar preguntarse el por qué había aceptado a ayudar al asesino.

<<El pendejo de Antonio tiene razón. ¿Por qué acepté ayudarlo? ¿Acaso es más fácil un acuerdo que matarlo? Quizá. Después de esta noche veo complicado matarlo yo mismo, o matarlo entre Antonio y yo, quizá es más fuerte de lo que podemos manejar.>> pensó hasta que llegaron al sótano.

Había cadáveres que claramente habían sido obra de los encapuchados, y ni un rastro visible de la salida. Antonio hizo memoria de las varias veces que había entrado por ahí a la alcaldía, e incluso se puso a pensar si los hombres que vigilaban el lugar habían estado ahí específicamente para

evitar que volviera a colarse.

—Hay un túnel detrás de esa pared—Habló y señaló al muro en el que recordaba que estaba la salida. —Dame unos minutos en los que recuerdo dónde estaba el interruptor que habría la...

Antonio intentó darle instrucciones al asesino, pero este no esperó a más indicación que hacia donde tenía que ir y al recibirlas hacia ahí fue. Derribó la pared estampándose violentamente contra esta y abrió el paso hacia el túnel de escape que Lars había instalado clandestinamente hace años.

—¿Hacia dónde lleva esto detective?

—No lo recuerdo. Pero hacia allá vamos.

—Hacia el desconocido, hacia el misterio, hacia el abismo. Lideraré la marcha, detective.

El asesino avanzó sin dudar. Y Antonio lo siguió.

<<No tiene sentido. No tiene sentido que crea que no pueda matarlo, aún con lo que vi hoy, aún si hubiera visto algo peor, antes no habría decidido sin más que no puedo matar a alguien.>> pensó Antonio, mientras seguía al asesino a la oscuridad del túnel y se preguntaba qué estaba pasando con él.

Capítulo 10

10.

Unos pequeños ojos negros miraban a Sara desde el otro lado de la habitación. El pelo corto y tan negro los mismos ojos brillaba bajo la luz del foco que iluminaba el cuarto, Sara trataba de ver si en algún momento una pulga saltaba hacia su cama o el montón de ropa sucia que tenía cerca de ella.

Las patitas delanteras estaban al aire, pues la rata estaba parada sobre las traseras, mientras miraba fijamente a la chica que le devolvía la mirada con asco y odio.

—Deja de mirarme—. Habló Sara con desprecio.

La rata, con una pizca de torpeza se dio la vuelta y empezó a ver el muro.

Era ya la séptima u octava orden de Sara que la rata cumplía, sin dudar, sin si quiera hacer ruido. Para Sara parecía que ni si quiera respiraba, solamente estaba ahí para escuchar cada palabra que Sara decía.

—Salta—. Ordenó y la rata dio un saltito.

<<Fuera de mi cuarto>> pensó, pues con la situación inverosímil que estaba viviendo no le pareció descabellado que sus pensamientos también lograrían algo.

La rata fue a la puerta, que estaba cerrada y pasó unos minutos tratando de alcanzar la perilla de la puerta sin éxito.

<<Fuera de mi cuarto>> pensó de nuevo, con enojo, y para sorpresa y absoluto terror de Sara, la rata se quedó inmóvil por unos segundos y después empezó a flotar hacia la perilla.

Entonces las cuatro patas de la rata se movieron antinaturalmente para sostenerla y la rata entera giró, haciendo así girar también a la perilla hasta lograr soltar el seguro, después una fuerza que no podía ver jaló a la rata hacia atrás abriendo la puerta.

Sara se aterrorizó por lo que había presenciado, deseando que todo ese pequeño, pero extremadamente perturbador espectáculo se detuviera y tras pensar eso la rata cayó al suelo, inmóvil. Sara se quedó mirándola por un buen rato, perdiendo la noción del tiempo hasta que el sonido del timbre de su departamento logró separar su mirada y su mente de la rata

inerte.

<<Lucas ya llegó y ahora tengo una rata muerta aquí, ¿Qué voy a decirle? "Hey Lucas, maté a una rata pensando en que abriera la puerta". Ni si quiera necesito que él me diga que sueño como una loca, esto es irreal. Tengo que deshacerme de la rata. >>

Sara miró a la puerta mientras pensaba en cómo se deshacería del cuerpo, pero cuando volteó de nuevo a buscarlo, este ya no estaba.

No quiso preguntarse ni saber qué había pasado con el cadáver, así que solamente se dirigió a la puerta para dejar pasar a Lucas.

Respiró un poco para relajarse y caminó hacia la puerta, despejando su mente del hecho de que en ese día había descubierto que las ratas seguían sus órdenes con una aterradora precisión, además de que al parecer podían desafiar las leyes de la física para hacerlo.

Al tocar la perilla, se detuvo por unos segundos, esperando a que volvieran a tocar.

—¿Quién es? —. Preguntó cuando volvieron a hacerlo. Había olvidado que eran las dos de la mañana y Ringan no era la ciudad más segura del mundo a esas horas.

—¿Quién más va a verte a esta hora, Sara? —. Respondió la voz de Lucas desde el otro lado de la puerta.

—A lo mejor y uno de mis novios.

—¿Cuál de todos tus novios imaginarios?

Sara sonrió y abrió la puerta, después de haber confirmado que era Lucas al mirar a través la mirilla de su puerta.

—Llegas tarde—añadió Sara.

—La próxima vez avísale al metro que llevo prisa porque hoy le dio por no funcionar—. Respondió Lucas al entrar y cerrar la puerta detrás de él.

—¿El transporte público fallando? ¿Aquí en Ringan? Oye no lo sé, eso suena raro, nunca antes había pasado.

—Lo sé, vivimos en "La cúspide del país, la cima de la cima de la cima" o como quiera que fuera el discurso ridículo del alcalde la última vez—. Bromeó, y se encaminó a la cocina, seguido por Sara.

—¿Cómo estuvo el bar con Mario y Mau? —. Preguntó. Tratando de no volver a pensar en el cadáver que desapareció.

—Gracioso, ambos tienen una forma diferente de ver a la vida

—Ya puedo ver los títulos del periódico y los noticieros: "Lucas local descubre que cada persona tiene una opinión propia".

—Ja. Ja. Ja. ¿Disculpe, es acaso usted una comediante? De verdad va a hacer que alguien sufra en un severo ataque de risa—. Lucas rio un poco y entonces se detuvo, recordando su encrucijada por encontrar un sentido que darle a su vida y lo que para él era bastante absurdo: nunca pensó en preguntarle a Sara.

Calló, empezando un silencio incómodo que duró hasta que ambos llegaron a la cocina y Lucas empezó a sacar de su respectivo lugar todo lo necesario para preparar hotcakes casi de forma automática, ya habían sido demasiadas veces en las que había hecho de chef para Sara.

—¿Y la miel? —Preguntó Lucas, pues solo encontró la mermelada extraña que le gustaba a Sara, una mezcla que encontraba extremadamente perturbadora de cinco frutas diferentes.

—No hay, está cara.

—Se supone que el trabajador mal pagado soy yo—. Respondió instintivamente.

—Sip y yo soy la estudiante que depende de una beca para tener ingresos.

<<Cierto>>. Pensó Lucas, pero no lo dijo y empezó a mezclar todos los ingredientes con una agilidad que Sara envidiaba.

Para cuando el primer hotcake ya estaba en el sartén, Sara ya había recorrido su apartamento en busca del cadáver de la rata, pero había desaparecido por completo.

—Hey Sara—. Habló Lucas—¿Cuál crees que es el punto de estar vivo? —. Preguntó mientras sacaba el primer hotcake del sartén y ponía otro.

—¿Esto es por tu epifanía con Alicia?

—Si.

—Pues no he pensado demasiado en ello. ¿Lograr lo que te propones?,

¿Ser feliz?

—Me preguntaba por qué no te había preguntado a ti. Pero ahora veo que siempre supe que ibas a decir lo mismo que yo—. Habló, mientras seguía con la tarea de hacer la cena-desayuno, sintiendo cierto confort en que fueran tan cercanos, pero al mismo tiempo sintiendo frustración por no encontrar un punto de vista diferente.

—Suenas molesto. ¿Te enoja que nos parezcamos? —. Preguntó y Lucas pudo notar que a Sara le dolía pensar eso.

—Claro que no, Sara. De verdad me siento muy feliz de tener a alguien en mi vida que sea tan cercano a mí y también me hace mucho más feliz que ese alguien seas tú. Pero estoy atrapado.

<<Siempre saltando a tratar de hacerme sentir mejor. Clásico.>> Pensó Sara, y sonrió un poco, sin distraerse de lo que Lucas acababa de decir.

—¿Atrapado?

—Sí, me siento atrapado en una idea, en pensar qué hacer con mi vida y el por qué no sé qué quiero, está raro porque a veces pienso que estoy bien y sin muchos problemas, pero a veces también me siento desesperado por saber en concreto qué es lo que quiero. Y mientras más pienso en querer saber qué quiero, menos entiendo qué es lo que quiero.

<<Este menso tiene una intensa crisis existencial y la verdad no tengo idea de cómo ayudarlo.>> Pensó Sara, mientras recordaba los días en los que tuvo su propia crisis existencial.

—Me gustaría ayudarte, me gustaría saber qué decir y darte consejos para que dejes de sentirte así. Pero no sé cómo Lucas—. Habló Sara—. Solo puedo decirte que estaré aquí para ti y lo que necesites para sentirte mejor.

Lucas, aún sin haber encontrado una nueva perspectiva, o una idea o incluso algún consejo al hablarle a Sara, sentía ahora una mezcla de frustración y una peculiar calidez en su pecho por el hecho de que a pesar de que Sara no podría ayudarlo, no dejaría de intentarlo.

—Es un bastante anticlimático o creo que diría que muy seco, pero gracias—. Respondió Lucas—. Realmente no sé qué más decirte ahora mismo, creo que tengo demasiadas cosas en la cabeza como para pensar en una forma rimbombante de darte las gracias y de paso decirte que te quiero.

Sara se acercó a Lucas y lo abrazó. Lucas sonrió y siguió haciendo

hotcakes tratando de no darle un codazo por accidente.

—Usar “rimbombante” en una oración inmediatamente la hace bastante rimbombante. —Añadió Sara.

—Sí, sí lo es.

Sara no soltó a Lucas hasta que este acabo de hacer la cena-desayuno de ambos y por unas cuantas horas olvidó todo el incidente de las ratas hasta que, alrededor de las cinco de la mañana, mientras ambos miraban una película con la barriga llena de hotcakes, Sara separó un poco la vista de la pantalla y miró hacia la ventana de su departamento.

Se encontró con cinco ratas devolviéndole la mirada a ella. Cargaban el cadáver de la rata que había muerto “siguiendo” las órdenes de Sara y esperaban a recibir las suyas.

<<Largo de aquí y llévense a la muerta, no quiero ver a ninguna de ustedes>> Pensó, mientras estaba aterrada por darse cuenta de que en realidad estaba controlando a las ratas.

Los pequeños animales ni si quiera dudaron y se arrojaron a la calle desde la ventana. Sara siguió viendo la película hasta que cayó dormida.

No soñó nada y al despertar se encontró a Lucas tirado en el piso roncando. Sonrió, lo dejó ahí y abrió la ventana para respirar un poco de aire que, quizá no fresco por la contaminación de la ciudad, pero al menos no estancado de su departamento.

Pudo ver los pisos de otros departamentos y a lo lejos, edificios más grandes. Miró hacia abajo y vio la calle, con personas que, por desgracia, se encontraban saliendo temprano de sus casas en un fin de semana.

Fue entonces cuando recordó a las ratas de anoche, de cómo al parecer podía controlarlas con tan solo pensar, de cómo había matado a una desafiando las leyes de la física y de cómo no había pensado que no se encontraba en la planta baja cuando las otras saltaron desde su ventana.